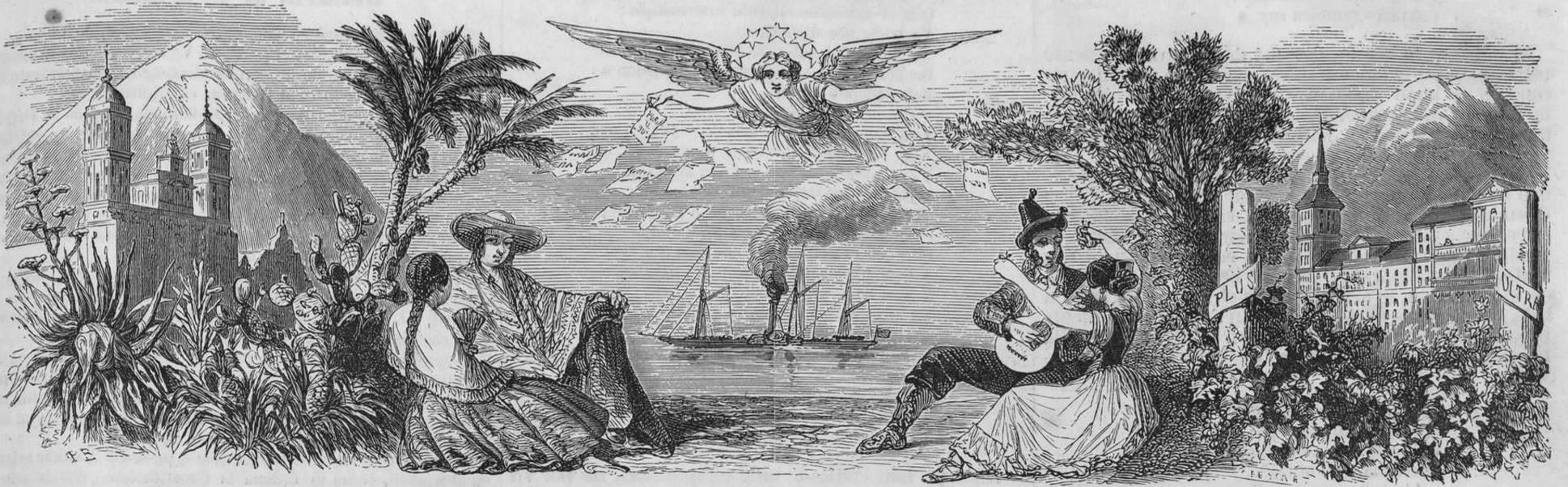


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA É ILUSTRADA REUNIDAS.



1853.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 12. — N° 17.

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10, en Paris.

SUMARIO .

Poetas españoles contemporáneos ; Don Antonio García Gutiérrez. — Historia de la Semana ; grabado. — Viaje en busca de Franklin. — La divina fiesta en Aix y Marsella ; grabados. — Un corazón de niña. — Notas y recuerdos ; la Habana, lo que se ve en sus calles, y lo que no se ve ; grabados. — La Bomba de Salem. — Una velada en Triana. — El tiempo y la cuenta ; soneto. — La secta de los Mormones en los Estados Unidos ; grabados. — Refranes rusos. — La estatua de nieve ; cuento americano. — El aniversario. — Inauguración en Marsella de la estatua del obispo Belzunce ; grabado.

de la aurora al día brillante, aunque corto, de nuestra regeneración literaria. El autor era pobre y desconocido, era más que desconocido y pobre, pues era un triste aunque pundonoroso soldado. Su drama leído en el comité del Príncipe por hombres incapaces de compren-

der sus bellezas, obtuvo el injusto fallo de la reprobación, y fué preciso que un actor inteligente lo presentase en su beneficio para que alcanzara la dicha de verse representado. Anuncióse, en efecto, el *Trovador* á beneficio del actor gracioso D. Antonio de Guzman, y la

pandilla ignorante que había ridiculizado la obra sin comprenderla, se dispuso, como era consiguiente, á silbarla, salvando de este modo la responsabilidad del comité. Tan predispuerto estaba el público á desairar á D. Antonio García Gutiérrez á quien no conocía, ó por mejor decir, á rechazar el drama acerca del cual habían circulado los rumores más desatinados, que la primera escena fué mal recibida, y todo anunciaba que el telón caería antes de concluirse el primer acto, cuando por fortuna vinieron los versos á contener la tempestad amenazante. La transformación del público fué lenta, pero gradual y completa. Los hombres imparciales que oían aquellos versos tan llenos, tan fáciles y tan armoniosos, comprendieron que una obra que tenía este mérito literario no podía ser absolutamente mala, y los corazones sensibles que escuchaban acaso por la primera vez de su vida aquellos acentos tan tiernos, aquellas deliciosas emanaciones de un alma realmente inspirada, aceptaron desde luego un drama en que brillaban tan raras cualidades. Llegó la famosa escena del desafío, que tan severamente he criticado bajo el punto de vista de la verosimilitud, tanto por la entrada injustificable del *Trovador* en el palacio, cuanto por los insultos descarnados y trabajosamente sostenidos del diálogo ; y el público no pudiendo contener las emociones que experimentaba, rompió el silencio con entusiasmas vítores y aplausos, cuando el hombre á

POETAS ESPAÑOLES

[contemporáneos.]

[D. ANTONIO GARCÍA GUTIERREZ.]

(Artículo segundo.)

Aunque en un momento de mal humor haya yo dicho que se sustituya la prosa al verso, cansado como lo estoy de ver los abusos que nuestros poetas disculpan ó autorizan con el auxilio mágico de la rima, quiero hacer una excepción honrosa en favor de D. Antonio García Gutiérrez, como ya lo hice en favor de D. Manuel Breton de los Herreros ; porque seguramente son los dos primeros versificadores que conozco : ambos hablan en verso con mayor facilidad y encanto que en prosa, y si alguna vez cometen las faltas que he censurado, es porque no han hecho en el libro del corazón humano ese estudio de que carecen todos nuestros literatos, y de ningún modo porque se vean arrastrados nunca por la violencia del consonante.

Precisamente voy hablando del drama, que si no fuera el primero de nuestra época por otros conceptos lo sería por la fluidez de su versificación. Todo el mundo sabe de que modo tan extraño apareció el memorable *Trovador*, abriendo las puertas



S. A. R. el duque de Brabante.

Janet Lange

quien se niega la hidalguía de un modo general por no haber sido arrullado en elevada cuna dá esta magnífica contestación, que tan dignamente retrata la hidalguía de los nobles sentimientos :

« Al campo, don Nuño, voy,
Donde probaros espero,
Que si vos sois caballero,
Caballero también soy. »

El público, lo repito, desechó desde aquel momento todas sus prevenciones desfavorables y yo por mi parte concedo de buen grado un indulto á los defectos que he notado anteriormente, en obsequio de unos versos tan admirables por su naturalidad como nutridos del verdadero tono caballeresco.

El *Trovador* ha adquirido justamente una popularidad tal, que me dispensa de seguir paso á paso el hilo de su argumento harto conocido, sin duda, de mis lectores. Sin embargo, no puedo renunciar al placer de trasladar aquí algunos trozos de esta composición por tantos títulos admirable. Cuando Leonor, encerrada ya en un convento, se arrodilla ante el altar para pedir á Dios que perdone el perjurio de un voto violentamente pronunciado, ¡qué elocuencia tan patética y sencilla ha sabido el autor desplegar en boca de la interlocutora!

Ya el sacrificio que odié
Mi labio trémulo y frío
Consumó. ¡Perdon, Dios mio!
¡Perdona si te ultrajé!
Llorar, triste y suspirar
Solo puedo ¡ay! Señor, no;
Tuya no debo ser yo,
Recházame de tu altar.
Los votos que allí te hiciera
Fueron votos de dolor
Arrancados al temor
De un alma tierna y sincera.
Cuando en el ara fatal
Eterna fé te juraba,
Mi mente ¡ay Dios! se extasiaba
En la imagen de un mortal.
Imagen que vive en mí
Hermosa, pura y constante.....
No, tu poder no es bastante
A separarla de aquí.

Este es sin artificio ni palabrería el lenguaje de la pasión. Así debía expresarse un corazón enamorado en la situación tan bien imaginada por el autor, y solo este poeta, rico á la vez de imaginación y sentimiento, pudiera coronar la relación citada con estas encantadoras redondillas, que son á mi ver las primeras en su género :

De amor el suspiro tierno
Y aquel placer sin igual
Tan breve para mi mal
Aunque en mi memoria eterno.
Ya pasó, mi juventud
Los tiranos marchitaron,
Y á mi vida prepararon
Junta al ara el ataud.
¡Ilusiones engañosas,
Livianas como el placer!
No aumentéis mi padecer.
¡Sois por mi mal tan hermosas!

Muchos han negado al autor del *Trovador* la cualidad de poeta lírico, y esta opinión, aunque injusta, merece en parte ser tomada en consideración. Efectivamente, el señor García Gutierrez es ménos poeta en sus poesías líricas que en sus dramas, y no es él el único escritor en quien se observa este fenómeno. Pero aunque sus composiciones sueltas apenas excedan en general los límites de la medianía, ¿podrá esto amenguar la reputación de gran poeta lírico que merece el sentido y delicado autor del drama que nos ocupa? Hay en esta obra una poesía lírica de primer orden. Zorrilla, Espronceda y otros cuyo lirismo ha sido tan celebrado, no pueden presentarnos una muestra tan bella, tan sostenida, tan animada y mucho ménos tan correcta, porque debo decir de paso que el señor García Gutierrez es uno de los pocos escritores modernos que conocen á fondo la lengua castellana. La composición á que me refiero es la célebre relación del sueño del *Trovador*, composición, lo repito, tan admirablemente desempeñada que puede, en mi concepto, considerarse entre nosotros como el más acabado modelo de la poesía fantástica y descriptiva. Dice así Manrique dirigiéndose á su amada Leonor :

Sonaba yo que en silenciosa noche,
Cerca de la laguna que el pié besa
Del alto Castelar, contigo estaba.
Todo en calma yacia, algún gemido
Melancólico y triste
Solo llegaba lúgubre á mi oído.
Trémulo como el viento, en la laguna
Triste brillaba el resplandor siniestro
De amarillenta luna.
Sentado allí en su orilla y á tu lado,
Pulsaba yo el laud y en dulce trova.
Tu belleza y mi amor tierno cantaba,
Y en triste melodía
El viento que en las aguas murmuraba
Mi canto y tus suspiros repetía.

Mas súbito, azaroso, de las aguas
Entre el turbio vapor, cruzó luciente
Relámpago de luz que hirió un instante
Con brillo melancólico tu frente.
Yo ví un espectro que en la opuesta orilla
Como ilusión fantástica vagaba
Con paso misterioso;
Y un quejido lanzando lastimoso
Que el nocturno silencio interrumpía;
Ya triste nos miraba,
Ya con rostro infernal se sonreía.
De pronto el huracán cien y cien truenos
Retumbando sacude,
Y mil rayos cruzaron,
Y el cielo y las montañas
A su estampido horrisono temblaron.
Y envuelta en humo la feroz fantasma
Huyó, los brazos hácia mí tendiendo :
¡Véngame! dijo, y se lanzó á las nubes,
¡Véngame!! por los aires repitiendo.
Frio con el pavor tendí los brazos
A donde estabas tú, ¡tú ya no estabas!
Y solo hallé á mi lado
Un esqueleto, y al tocarle osado
En polvo se deshizo, que violento
Llevóse al punto retronando el viento.
Yo desperté azorado, mi cabeza
Hecha estaba un volcan, turbios mis ojos;
Mas logro verte al fin, tierna, apacible,
Y tu sonrisa calma mis enojos.

Algunos han criticado esta composición, no por su desempeño, sino considerándola como un ripio en el drama, y efectivamente el drama subsistiría siempre aunque se suprimiera el sueño, como podrían también suprimirse otras escenas sin que la fábula se resintiese de ello; porque otro de los defectos incorregibles de nuestros autores está no solo, en recargar el argumento de accesorios inútiles, sino en no haber tratado de dar nunca á los diversos cuadros que forman el conjunto esa dependencia, ese preciso eslabonamiento que forma una de las mayores dificultades del arte. Si examinamos los buenos dramas modernos de Scribe, Dumas y otros eminentes autores, observáremos que no se prestan á la refundición, porque no hay en ellos nada superfluo, y porque todo lo que contienen está distribuido de tal modo, que no podría alterarse, trasladarse ni suprimirse una idea sin que la totalidad de la obra se resintiese de semejante modificación. Este encadenamiento de ideas, esta dependencia de sucesos ayudan poderosamente á sostener el interés, que es la primera exigencia de una producción dramática, y esto es lo que no se observa entre nuestros autores cuyos dramas á veces podrían representarse en razón inversa de su gradación convencional, es decir, empezando por el último cuadro y acabando por el primero, porque todo esto lo disculpan nuestros versos y nuestro público. Pero es bien singular que en un país donde tales cosas se ven todos los días, donde tan escaso estudio se ha hecho del arte, haya dado lugar el sueño del *Trovador* á la crítica, siendo un episodio no solo admisible sino conveniente, atendida la relación que dicha fantasía tiene con la historia de la gitana. Digo más, el expresado sueño, después de la mencionada historia, es altamente fisiológico, porque nada hay más natural y común en el hombre que la reproducción en sus sueños de los sucesos extraordinarios que le han afectado profundamente hallándose despierto; de modo que léjos de considerar yo como un ripio la intercalación de dicha poesía en el drama, la considero como una belleza recomendable bajo el doble punto de vista científico y literario, aun á pesar de su excesivo lirismo. ¿Qué me importa á mí que el señor García Gutierrez abuse alguna vez de su lira en las composiciones dramáticas, si en efecto sabe hablar la lengua de los poetas con esa gala, con esa rica entonación, con ese estilo verdaderamente pintoresco que, semejante á una ilusión óptica, nos hace ver en el sueño del *Trovador* todo lo que el autor ha querido describir? Lo que yo rechazo desde luego, es ese lirismo forzado en que se ve al autor jadeando para sobreponearse á su impotencia; esas tiradas inmensas de versos tan inflamados de palabras como escasos de pensamientos; esas eternas elucubraciones que muchos admiran como inspiraciones poéticas, no siendo otra cosa que digresiones prosáicas. Cesen las coplas y descúbranse los copleros cuando se trata de un poeta tan eminente, como D. Antonio García Gutierrez.

Todo el mundo sabe el efecto que tuvo el *Trovador* en la primera representación. El público aplaudió con entusiasmo, y el autor tuvo la honra de ser en España el primero que fué llamado á las tablas, y esto era natural, porque el primer drama del señor García Gutierrez es una bella concepción, y está desde la primera línea hasta la última impregnado en esa poesía tierna y sublime que forma el primero de sus encantos. Las demás representaciones tuvieron el mismo éxito. Los teatros de provincia se apresuraron á ponerlo en escena, obteniendo en todas partes el mismo resultado. El editor tiró diversas y grandes ediciones que el público arrebató; y el pueblo todo conservaba ó aprendía los versos que había aplaudido con delirio durante la representación. Tan buena fortuna alcanzó D. Antonio García Gutierrez con su célebre ensayo, y no es esto sin duda lo que más debe halagar á su alma de artista, sino la persuasión que debe tener, como la tengo yo, de que cuando la posteridad desentierre las obras dramáticas del siglo XIX para condenar la mayor parte de ellas á la exclusiva estimación de los anticuarios y bibliófilos,

gente de poco más ó ménos en la escala del talento humano, el *Trovador* merecerá la predilección de todas las personas de buen criterio susceptibles de entusiasmo.

J. M. VILLER GAS.

Historia de la semana.

El 9 de abril entró en mayor edad, cumpliendo 18 años, el príncipe Leopoldo Luis Felipe María Víctor, duque de Brabante, heredero presuntivo de la corona de Bélgica, cuyo retrato damos á nuestros lectores al frente de este número.

Desde hace mucho tiempo no se hablaba en toda la Bélgica de otra cosa que de los regocijos con que se había de celebrar este acontecimiento, fausto siempre en las naciones que blasonan de monárquicas. Hasta en las aldeas más miserables, los ayuntamientos han abierto las arcas municipales para dar rienda suelta á la alegría, pues la Bélgica es un país donde todo lo que es fiesta y alborozo se armoniza perfectamente con las costumbres y con los gustos de las poblaciones.

El duque de Brabante forma parte ya del ejército belga en clase de capitán, y es probable que ahora llegará al grado de coronel, al mismo tiempo que recibirá la condecoración del gran cordon de la orden de Leopoldo.

Este príncipe es alto como su padre, á quien se parece en los ademanes y noble actitud; como él, tiene la costumbre de mirar á la gente detenidamente; y los rasgos de su fisonomía fina y distinguida recuerdan el bello rostro de su madre, y el tipo general de los príncipes de la familia de Orleans.

El día de este solemne aniversario se presentó á tomar asiento en el Senado, como lo ordena la Constitución, vestido con el uniforme de ese cuerpo que consiste en una casaca azul con bordados de oro, sombrero con plumas de cisne y espada con puño de nácar, y este fué el primer acto público en que ha figurado. Allí, en el seno de este alto cuerpo, juró observar la Constitución, y después acentuando claramente sus palabras, pronunció el siguiente discurso en contestación al del presidente del Senado :

« Profundamente conmovido con el discurso de nuestro honorable presidente, vengo á tomar entre vosotros el puesto que me señala la Constitución.

« Llamado de hoy en adelante á tomar parte en vuestros trabajos, me asocio con alegría á las tareas que desde hace veinte años prosigue este Senado con un constante patriotismo.

« Nunca se me ha proporcionado la ocasión de dirigirme á la nación entera, y sin embargo, señores, jamás podría hablarla con un corazón más afectuoso y reconocido.

« Las aclamaciones con que el pueblo belga tiene á bien solemnizar mi entrada en este recinto, me prueban una vez más que, satisfecho de su pasado, desea su continuación en lo sucesivo.

« Tal es el fin, señores, á que debemos caminar juntos. En cuanto á mi persona, ya sabéis cuales son los sentimientos que me animan. Sabéis que, sinceramente identificado con la existencia del país, la confundo con la mía propia. Siempre hallaré en mí un compatriota orgulloso de poder contribuir al sosten de nuestra independencia y á nuestra prosperidad nacional.

« Ese ha sido siempre mi más caro deseo.

« Quiera el cielo, que desde hace veintidos años proteje tan ostensiblemente mi patria, que mis votos sean cumplidos. »

El señor príncipe de Ligne, presidente de la Asamblea fué el que recibió el juramento de fidelidad á las leyes y á la Constitución del pueblo belga. Cuando llegue á ser rey, deberá jurar además el sostenimiento de la integridad del territorio.

Concluida la ceremonia oficial, principiaron las fiestas, de las que daremos algunos pormenores en nuestro número próximo.

Pero ya que andamos por los países extranjeros, vamos á transcribir aquí un interesante episodio acaecido últimamente en el terrible incendio del teatro de Moscú, hecho que tomamos de la *Gaceta de la policía de San Petersburgo* :

Basilio Gavriloff Marine, aldeano de los dominios del Imperio, entró á aprender el oficio de calderero en la fábrica de Kolbino.

El año último fué á su lugar para visitar á su familia, y en los primeros días de este mes hizo sus preparativos para volver á San Petersburgo. Llegado á Moscou con diez compañeros suyos, tuvo que pasar allí la noche por no haber llegado á tiempo al camino de hierro, y al otro día hubo de diferir la marcha hasta la salida del convoy de las tres de la tarde.

— Los aldeanos somos curiosos, cuenta el mismo Marine, y como nunca habíamos estado en Moscou, fuimos á admirar las curiosidades de la ciudad de las piedras blancas (nombre familiar que da el pueblo á la antigua capital). Entramos en la catedral de la Asunción, y besamos las santas reliquias; subimos al campanario de Ivan-Velike, y de allí nos fuimos al mercado de los pájaros, donde nos dijeron que había fuego en el gran teatro..... Serían entonces las doce, y nos encaminamos á ver el incendio.

Marine llegó al incendio cuando estaba en toda su fuerza. El teatro ardía por dentro, y las llamas que se habían extendido rápidamente por todas las partes del edificio, salían en lenguas de fuego por el techo y por las ventanas.

En el momento en que se había declarado el fuego, tres obreros del teatro salieron al tejado por una ventana del piso superior; pero llegados allí vieron que no tenían medio ninguno de salvarse, rodeados como lo estaban por las voraces llamas. Dos de estos infortunados en un momento de desesperación se precipitaron de lo alto del edificio, y se mataron sobre el empedrado, pero el otro se había quedado arriba, donde ahogado por el humo y perseguido por las llamas, pedía socorro dando agudos gritos...

Pero su pérdida parecía inevitable, porque no había una escala que fuera bastante larga para llegar hasta el tejado de un edificio de aquella altura, y el desgraciado se hallaba en la ter-

rible alternativa de perecer entre las llamas, cuyo círculo se iba estrechando cada vez más en torno suyo, ó de seguir el ejemplo de sus compañeros, y hacerse añicos en el suelo. Sin embargo, confiando hasta el último momento en la misericordia de Dios, el infortunado se refugió en un rincón donde el viento rechazaba las llamas.

Marine, su hermano y sus compañeros estaban presenciando este triste espectáculo.

— Yo callaba, dice Marine, pero el corazón me latía fuertemente dentro del pecho, y parecía decirme que volara al socorro de aquel pobre cristiano.

— Camaradas, exclamó de repente el aldeano, esperadme aquí, voy á salvar á ese hombre.

— Dios te acompañe, le dijeron sus amigos; vas á hacer una buena acción.

Marine, sin perder un instante, fué á pedir á la autoridad el permiso para salvar á un hombre en peligro de muerte, permiso que obtuvo al punto. Entonces se quita su capa y su gorra, que dejó á guardar á un sargento, y en mangas de camisa, acompañado de su hermano y provisto de una cuerda, se lanza por una escalera que estaba arrimada á la pared, pero que distaba mucho del tejado.

Al llegar á la escalera, Marine hace la señal de la cruz, y comienza á subirla; pero ya hemos dicho que, aunque bastante larga, esta escalera se hallaba muy distante del tejado: Marine, después de haberse atado la cuerda á la cintura, se agarra á un canelón ó conducto por donde bajan al suelo las aguas de las lluvias, y principia á escalarle.

Abajo la muchedumbre seguía con ansia los movimientos del intrépido aldeano, pero encima se veían correr las llamas de una parte á otra; se oía el estrépito de las vigas y paredones que se hundían, y en medio de este horrible ruido resonaban los gemidos del desgraciado obrero.

Marine continuaba su peligrosa ascension por el canelón arriba.

— Hacia mucho frío, y mucho viento, contaba luego; pero yo nada sentía, pues desde el momento en que formé la resolución de salvar una alma cristiana, mi corazón estaba tan caliente como si mi pecho fuese un horno encendido.

Sus manos ardientes se adherían al hierro helado del canelón, pero seguía subiendo...

— El tubo no estaba sólido, dice Marine; pero parece que la voluntad de Dios estaba en mi favor, pues pude llegar á la cornisa, donde felizmente había ménos dificultad, y me hallaba á pié firme.

Su hermano, que se había quedado en la escalera, le envió un gancho, gracias á su cuerda, por cuyo medio Marine pudo alargar la cuerda al desgraciado que estaba rodeado por las llamas, diciendo que la atara sólidamente á la primera cosa que encontrara. En efecto, el obrero ata la cuerda á un ángulo saliente del techo del peristilo; Marine la dobla para mayor seguridad, le grita que se deslice por ella con cuidado, sosteniéndose con las manos en la cuerda, y con las rodillas en el canelón, y le da el ejemplo bajando él el primero.

Por todos estos pormenores se conoce que Marine, en medio del noble movimiento de su corazón, había conservado toda su presencia de ánimo.

En el momento en que Marine bajaba la escalera, y que el hombre á quien había salvado se deslizaba por el canelón, hubo en la muchedumbre un movimiento notable, elevado y verdaderamente ruso; todas las cabezas se descubrieron, y la señal de la cruz, símbolo de una oracion muda, acompañó el noble rasgo del uno y la salvacion del otro...

Cuando Marine llegó á tierra, el obrero estaba ya en la escala, y por consiguiente fuera de todo peligro.

— En cuanto puse el pié en el suelo, cuenta Marine, un señor con capa y casco que no sé quien era, se acercó á mí, y me puso en la mano veinticinco rublos de plata.

Un crecido número de espectadores rodearon al valiente, ofreciéndole cada cual lo que le permitían sus medios.

— ¡Gracias, gracias! gritaban por todas partes; eres un valeroso mozo; Dios te proteja.

— ¿Y á dónde se fué el infeliz que estaba en el tejado? dice Marine, lo ignoro; pero esto no me importa, lo que yo quería era salvarle. Un ayudante se aproximó, me dió un billete, y me llevó en trineo á una cancellería, donde escribieron todo lo acaecido.

Durante este tiempo, Marine sin perder un instante su fuerza de ánimo, estaba pensando en que no fuera á salir el convoy de las tres sin él y sus compañeros. Pero no sucedió así, y pudo llegar á Kolpino á la hora que quería. Sin perder un momento, se fué á ver á su amo, quien le tomó como ántes, y entonces le pidió permiso para ausentarse por 24 horas para ver á una tía suya tendera en San Petersburgo. En efecto, Marine, después de haber hecho su visita, se disponía á volver á Kolpino, cuando el jefe de la policía le llamó, y le dijo que, habiendo sabido el Emperador su rasgo de valor, quería verle.

Marine entró en el palacio del soberano con el corazón palpitante, y penetrado de un sentimiento de veneracion. Jamás había pensado, ni aun en sueños, que un día le deparase la dicha de contemplar de cerca el rostro del monarca, y que sus augustos labios le dirigieran palabras afables, á él que era un pobre aldeano.

El Emperador recibió á Marine en su despacho, y le habló en estos términos:

— Te doy gracias por tu buena acción; bésame la mano, y cuéntame cómo Dios te ayudó en tu empresa.

Marine contó el hecho con sencillez, y el Emperador después de haberle escuchado atentamente, le dijo:

— Dios te guarde; en cualquiera ocasion que necesites algo, acude á mí con confianza.

S. M. I. le concedió una medalla, con una gratificacion de 140 rublos de plata.

Aquí acaba la narracion de la *Gaceta*, que añade en forma de conclusion:

«Este hecho quedará grabado para siempre en la memoria de Marine, y de lo más recóndito del corazón de cada ruso se

elevará al cielo esta plegaria: Dios conserve al Emperador y á nuestra Rusia.»

Por nuestra parte, lo que podemos añadir es que esta expedicion al extranjero nos ha venido como de molde, pues la semana parisiense ha ofrecido muy poco de notable.

Lo único que ha llamado algo la atencion, ha sido la inmensa cantidad de cuadros que hemos visto circular estos dias por las calles, destinados á la exposicion anual de la pintura contemporánea.

Sabido es que los artistas trabajan rara vez adelantado, de modo que esta semana ha sido semana de apuros para todos ellos, en atencion á que el día 15 era el último en que sus obras se recibían. Al dar las doce, hora en que se cerraban las puertas del santuario, cada campanada iba acompañada de un concierto de exclamaciones que los perezosos entonaban en coro: porque no solo se espera al último día, sino á la última hora.

Ya se dice que esta Exposicion será brillante, y en efecto, sabemos que han enviado lienzos muchos de los primeros nombres de la época. Pero esto no impedirá que dominen como de costumbre los retratos.

Un pintor de mucha nombradía ha tenido la suerte de ser el elegido para hacer el retrato de una de las bellas parisienses que mas celebridad goza en el día en los salones. Es verdad que esta buena fortuna la ha pagado cara, pues la dama en cuestion es caprichosa y exigente, como suelen serlo todas las hermosas. Pero hay en esta la circunstancia agravante de que el capricho de hoy no es el de la víspera; cada día trae consigo un nuevo cambio.

El punto capital de este retrato era para ella el traje en que debía mostrarse. El pintor preguntaba cada día:

— ¿Y cuándo decidimos lo del vestido?

— Allí verémos.

— Pero el tiempo se pasa.

— ¿Y cree Vd. que es cosa fácil? Pintarse con un vestido que ha de durar años, siglos quizás, yo que nunca llevo un traje mas de seis veces! Hay que reflexionarlo mucho.

El artista acabó la cabeza, el rostro, las manos, los brazos, pero en cuanto al vestido no se adelantaba nada.

— ¡Paciencia! le decía la dama, me están haciendo seis trajes distintos, y cuando los acaben, escojo y me decido.

Por fin, veinticuatro horas ántes del día 15 llega la señora á casa del pintor con el vestido que había elegido.

— ¡Ya es tarde! le dijo el artista. Mañana á las doce no se admiten mas cuadros.

— ¡Ah! Pues eso no lo sufro yo, porque he dicho á todo el mundo que mi retrato estaria en la Exposicion, y quiero que así sea.

— Y yo también, pero no hay cuidado, porque el cuadro está allí ya.

— ¡Cómo! ¿sin vestido?

— ¡Oh! no, me habria guardado bien de cometer tal falta; pero le he puesto uno de mi agrado.

— ¿Qué dice Vd.? ¿Se ha atrevido Vd. á ponerme un vestido?

— Sí, señora, he consultado un figurin de modas; vea Vd....

— ¡Qué horror! ¡A mí semejante vestido! estoy perdida.

— Pero por Dios....

— Yo en traje de figurin de modas; y quizás ha puesto Vd. el mismo color.

— ¡Oh! no; es un vestido azul.

— ¡Azul! color que detesto; me sienta horribilmente; vamos, no sobreviviré á tamaño golpe.

Y desesperada la hermosa señora, se desmayó, diciendo:

— ¡Un vestido azul! ¡eso es monstruoso!

En cuanto se abra la Exposicion de pinturas, irémos á dar por ella un paseo, para ver si en efecto ese color azul es tan perjudicial á esa belleza.

MARIANO URRABIETA.

17 de abril.

Viaje en busca de Franklin.

Acaba de publicarse en Inglaterra, en la librería de Dalton Cockspur-Street, en Londres, la relacion de un viaje á los mares Articos, en busca de sir John Franklin. Este interesante viaje ha sido hecho por la goleta el *Príncipe Alberto*.

Nos proponemos dar cuenta del curioso libro del señor Kennedy, trazando en varios artículos algunos de los episodios mas pintorescos que contiene. Y para proceder con método, y poner al lector al corriente de una cuestion que interesa á toda nacion civilizada, comenzaremos por la biografía de Franklin.

Sir John Franklin nació en 1786, en Spilsby, condado de Lincoln, y es hermano de sir William Franklin, antiguo magistrado primero de la presidencia de Madras. En octubre de 1800, entró de gramete en la marina real, á bordo del *Polypheme*, buque de 64. El capitán Lawford descubrió su aptitud y buena conducta, y después del suceso de Copenhague, se le encuentra sirviendo con el grado de alférez de navío. Embarcóse luego con el capitán Flinders, uno de los mas célebres marineros de aquella época, al cual se le debe la exploracion de una parte de la Nueva-Holanda. En esta empresa, en que tuvo por émulos los Baudin, Freycinet y otros, el joven aspirante se hizo notable por una actividad que le presagiaba un brillante porvenir. Naufragó en 1803 y en 1805, y dejando los trabajos científicos por las fatigas de la guerra, asistió á la batalla de Trafalgar.

En 1808 fué nombrado teniente, y se embarcó en el *Bedford*, de 74, encargado de llevar al Brasil la familia real, que el ejército francés echaba de Portugal. Después de pasar por una serie innumerable de peligros, que le ofrecían ocasiones de distinguirse, Franklin to-

mó parte en la expedicion contra la Nueva-Orleans, á fines de 1814, y fué herido mandando un buque. Curioso es ver á Franklin, al principio de una carrera que habia de ser tan gloriosa, luchando contra los franceses y los americanos, que debían mas tarde ir en busca suya, animados de un ardor generoso.

En 1818, el gobierno inglés, á instancias de sir John Barrow, secretario del almirantazgo, emprendió de nuevo la cuestion, largo tiempo agitada, del paso del Noroeste (1). La expedicion se componia de dos buques, que debían intentar llegar al polo Norte para volver á bajar al Océano Pacífico, y de otros dos que debían pasar por el mar de Baffin. Franklin, cuya energía era ya conocida y muy apreciada, obtuvo el mando del *Frent*. Después de muchas dificultades, y de correr peligrosos extremos, los buques se vieron obligados á volver á Inglaterra sin cumplir su mision, con mucho disgusto de Franklin, que ofreció quedarse con un solo buque para persistir en la empresa.

En abril de 1819 fué encargado de ir por tierra á reconocer la línea de costas que guarnece el continente americano, y principalmente la embocadura de los rios Coppermine y Mackensie. Franklin, acompañado del médico Richardson y de un sargento llamado Hepburn, se dirigió á la bahía de Hudson, y remontando las corrientes de agua que surcan la América, fué á pasar el invierno en el gran lago del Oso. No seguirémos á los viajeros á través de todas las peripecias de su aventurada expedicion; baste decir, que habiendo remontado el rio Coppermine, Franklin se encontró el 5 de setiembre absolutamente sin recursos, habiendo agotado todos los víveres que tenia.

Debilitados por el hambre, y helados á causa del frío, y de sus vestidos, duros y tiesos con él, pusieron en camino el 7. Después de haberse alimentado exclusivamente con un líquen que los del Canadá llaman tripa de roca, mataron un buey de almizcle, que descuartizaron inmediatamente para devorar en seguida los intestinos crudos. Pronto desaparecieron entre veinte personas los restos del buey, y hasta el 7 de noviembre, es decir, durante sesenta dias, no tuvieron para alimentarse mas que calzado viejo, despojos pútridos de animales muertos el año anterior, ó los huesos de gamos que había perdonado la voracidad de los lobos. Estos desgraciados buscaban debajo de la nieve los huesos para extraer la médula, calcinándolos después para hacer una especie de pasta que calmaba las angustias del hambre, aunque no sin causarles horribles dolores.

La muerte había producido muchas bajas en la partida, y la perversidad humana contribuía también á aumentarlas. Un iroqués, que formaba parte de la expedicion, había matado á muchos camaradas suyos para nutrirse, y habiendo conservado por este medio algunas fuerzas, se mostraba muy indisciplinado, y amenazaba á sus compañeros y jefes con hacer de ellos otro tanto; un día mató á un oficial, y los pobres viajeros, para evitar igual suerte, se vieron obligados á tenderle un lazo, y á matarlo. Tan débiles estaban, que no podían manejar un fusil. Algunos indios vinieron por último á sacarlos de tantos tormentos, y en el mes de julio de 1821, volvieron á la factoría de York, habiendo hecho un viaje de 5,550 millas, en el que tuvieron que soportar pruebas que pueden sufrir pocos hombres armados de valor y perseverancia.

En 1825, Franklin, á quien no asustaba el recuerdo de las privaciones y peligros de un viaje ártico, se hizo nombrar nuevamente para una expedicion, cuyo objeto era cooperar con el capitán Beechey, enviado por el estrecho de Behring. Volvió á fines de 1827, y la sociedad geográfica de Paris le ofreció la gran medalla de oro. Pensando el gobierno, con razon, que no podía recompensar con exceso el valor y el patriotismo de un oficial que ilustraba el nombre inglés, lo había hecho *com-mander* en 1821, y *post-captain* (capitan de navío) en 1822.

En abril de 1829 fué nombrado caballero de la orden del Baño, (lo cual le daba el tratamiento de sir) y desde 1830 hasta 1834 mandó el *Rain-Bow*, recibiendo por sus servicios en Grecia la orden del Redentor. Desde 1836 hasta 1843 fué gobernador de Vandiemén, donde recibió cortesmente á los jefes de la mayor parte de las expediciones de descubrimiento que la Francia enviaba al gran Océano.

En 1843 partió con los dos buques el *Ebreus* y el *Terror*, y fué visto la última vez en el mes de julio por un barco ballenero. Desde su partida, y durante una ausencia que se ha prolongado, causando la mayor inquietud, la opinion pública se ha ocupado vivamente acerca de la direccion que ha podido tomar este navegante. La Rusia, la América y la Inglaterra continúan enviando expediciones en busca suya, y los ejemplos que conocemos de viajeros que han regresado, cuando ya se perdían las esperanzas de volverlos á ver, nos inclinan á creer que algo análogo puede ocurrir en este caso. El gobierno británico acaba de nombrar á sir John Franklin contra-almirante en el mes de noviembre de 1852, y el Instituto, queriendo pagar su tributo á esta vida consagrada á la ciencia con tanta abnegacion, le ha conferido el título de miembro corresponsal. Un nuevo timbre añade á tan ilustre nombre lady Franklin, empleando todos sus recursos en expedir buques para completar la línea de exploraciones. Nunca, ciertamente, empresa alguna ha merecido mas un buen éxito, y nuestros lectores, no lo dudamos, unirán á los nuestros sus votos y sus deseos.

(1) Sabido es que se ha convenido en llamar así el paso que permite dar la vuelta de la América por el Norte.

La divina fiesta

EN AIX Y MARSELLA.

Cuando, hace algun tiempo, madama Reybaud describía en las columnas de la *Ilustracion* la fiesta instituida en 1462 por el rey René d'Anjou, estabamos léjos de creer que aquellas costumbres pudieran reproducirse en nuestros tiempos prosáicos. La ciudad de Aix, como otros muchos pueblos que celebran en determinados dias sus fiestas especiales, ha querido por un choque galvánico resucitar la gloria de su nombre, y recordarlo en adelante, aunque no sea mas que una vez al año á la muchedumbre que desde la construccion del camino de hierro del Mediodia parece haber olvidado la calzada de la antigua ciudad de Sextius. Aix, como es sabido, posee una escuela de derecho de la cual han salido grandes notabilidades. En el seno de esta escuela es donde ha nacido la idea de la divina fiesta.

Durante el carnaval de 1851 los estudiantes de Aix organizaron una cabalgata que recorrió las calles pidiendo limosna para los indigentes. A la cabeza de estos filántropos se encontraba M. Fenouillot de Falbaire, joven entusiasta, que deseando dar á la capital intelectual de las Bocas del Ródano una chispa de su antiguo esplendor, trató de restaurar la fiesta del martes de carnaval, que solo habia servido otros años para entregarse todo el mundo á las diversiones propias de la época.

En vano en otras ocasiones, y particularmente despues del restablecimiento del culto católico en Francia, en 1803, se habia tratado de resucitar el programa del rey René. En 1807, durante la permanencia en Aix de la hermana de Napoleón, hubo aquella mezcolanza de ceremonias á la vez religiosas y profanas que ofendieron á la princesa Paulina por cuyo motivo las costumbres de aquel dia se abandonaron, y los que á ellas se entre-

gaban fueron licenciados sin obtener mencion honorífica en el Monitor.

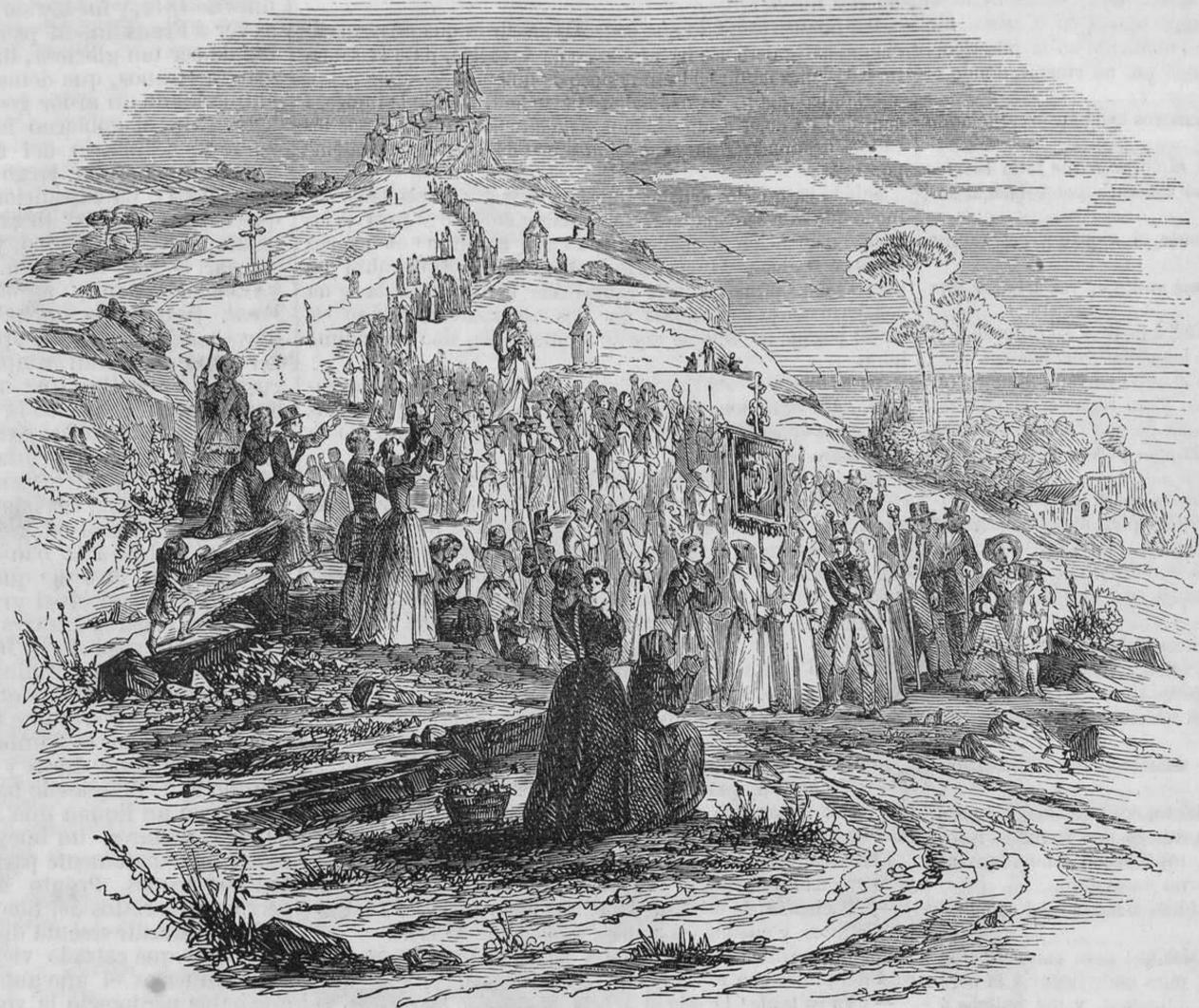
El melodrama del buen rey René acaba de celebrar este año su 334ª representacion. Durante dos dias, la ciudad de Aix cuya cabeza tenia una corona en otro tiempo, y hoy solo tiene un manto de púrpura, que apenas basta á cubrir su desnudez, ha recuperado el brillo de otra época mas feliz, la animacion de sus antiguas fiestas, en una palabra, la realidad de un sueño que parecia haberse sepultado para siempre.

Desde que cundió en el departamento la noticia de que iba á verificarse la fiesta de la Caridad, renovándose las diversiones que en tal dia tenian lugar antiguamente, la cu-

ros. Nunca se habian visto las calles tan atestadas de coches, tartanas y ómnibus, pues parecia haberse establecido en la ciudad una feria de carruajes.

El sábado al amanecer, la alborada ó diana entonando con sus tambores y sus chillones instrumentos aires nacionales y tradicionales despertó á los pocos que dormian. A las diez empezaron las mascaradas representando el ejercicio de los diablos ó el rey Heródes, el Becerro de oro, el castillejo, los reyes magos, la degollacion de los inocentes y otros varios pasajes mas ó menos incoherentes. La muerte salia de la casa de ayuntamiento y recorria la villa siguiendo el itinerario que el público la habia prescrito. La muchedumbre seguia respetuosa-

rosidad se despertó en todo el mundo, que acudió en tropel con ocho dias de anticipacion, pasando de veinticinco mil personas forasteras las que invadieron solamente las fondas de la poblacion. Aix ya no era Aix. Marsella, Tolon, Frejus, Salon, Aviñon, Montpellier, Nimes, y hasta Tolosa parecia que se habian trasladado allí. La antigua bandera encarnada y amarilla flotaba en todos los edificios públicos; los balcones ostentaban ricas colgaduras, y la alegría meridional asomaba á los semblantes desde el viernes santo en que dieron principio los ejercicios de la fiesta conforme al programa aceptado de antemano. En la antigua sala de armas del ayuntamiento, M. Rigaud rodeado de la comision de ceremonias, compuesta de los señores Roux, Alpheran, Henry, Fenouillot de Falbaire, J.-B. Gant, Fontvert, J. Gant, Barthelemy, Lagoy, Beaulieu y Mille, proclamaron á M. Próspero de Castillon rey de la jurisdiccion, á M. de Saint-Charles, principe del amor y á M. Poncet abad de la juventud. Un discurso pronunciado por el presidente fué acogido con entusiasmo, y todas las músicas del ejército y de la guardia nacional recorrieron la poblacion dando al viento sus ecos melodiosos.



La divina fiesta en Marsella. — Los penitentes blancos bajan procesionalmente la estatua de plata de Nuestra Señora de la Guarda.



Ceremonias de la divina fiesta en Marsella.

mente á la mascarada de *san Cristóbal* que llevaba un coloso de diez y ocho piés de estatura el cual sostenia un niño Jesus sobre el brazo derecho; otra parte del público rodeaba á la mascarada de los caballos; otros seguian á la muerte procurando no ponerse á tiro de su guadaña, en una palabra, habia público para todas las comparsas, y nunca creyeron los habitantes de Aix que la noche habia llegado tan rápidamente.

Á las seis, todo lo que la ciudad de Aix tiene de mas distinguido va á situarse al rededor de la estatua del rey René, obra del célebre escultor David, y como complemento del pintoresco cuadro que ofrece la escena dignamente preparada, entran en aquella reunion las jóvenes mas elegantes y bellas de la ciudad. Doscientos instrumentistas y coristas ejecutaron esta vez un aire compuesto *ad hoc* por M. Lapierre, que fué muy aplaudido. En seguida desfilaron los tres dignatarios de la fiesta, anteriormente nombrados, á fin de recibir la aprobacion del público segun la antigua costumbre.

Viene despues el paso de los *bastoneros de la abadia* y del *rey de la jurisdiccion* que han corrido todas las calles arrojando al aire sus pesados bastones, recogidos al caer con increíble destreza. Esta marcha ejecutada á la luz de mil antorchas no es mas que el prelude de la gran procesion del *Vigia*, cabalgata en la cual toman parte todas las divinidades mitológicas del Olimpo. Así es que si durante el dia la ciudad de Aix parecia una feria, durante la noche se creeria que habia una sublevacion al ver las calles tan atestadas de gente que apenas dejan un corto trecho al paso de la procesion.

¡Sitio! ¡sitio! he aquí la *Fama* que viene á caballo, con los hombros adornados por unas inmensas alas blancas y tocando la trompeta sagrada. Los *caballeros de vigilancia* la siguen, llevando la bandera, precedidos y escoltados por las músicas y tambores del país que ejecutan los aires tradicionales del rey René. Es gracioso el grupo de las divinidades olímpicas: *Momo*, *Mercurio*, *Erdebo*, *Cloto*, *Atropos*, *Pan*, *Baco*, *Marte*, *Minerva*, *Apolo* y *Diana*; el duque y la duquesa de *Urbín*, víctimas del resentimiento poco cristiano del buen rey René, montados cada uno sobre un asno, y en fin, colocados sobre las espaldas de un enorme monstruo cuya figura es de lagarto, *Júpiter* y *Juno* el uno apoyándose sobre un águila y la otra sobre las alas desplegadas de un pavo real. El monstruo que conduce á la divina

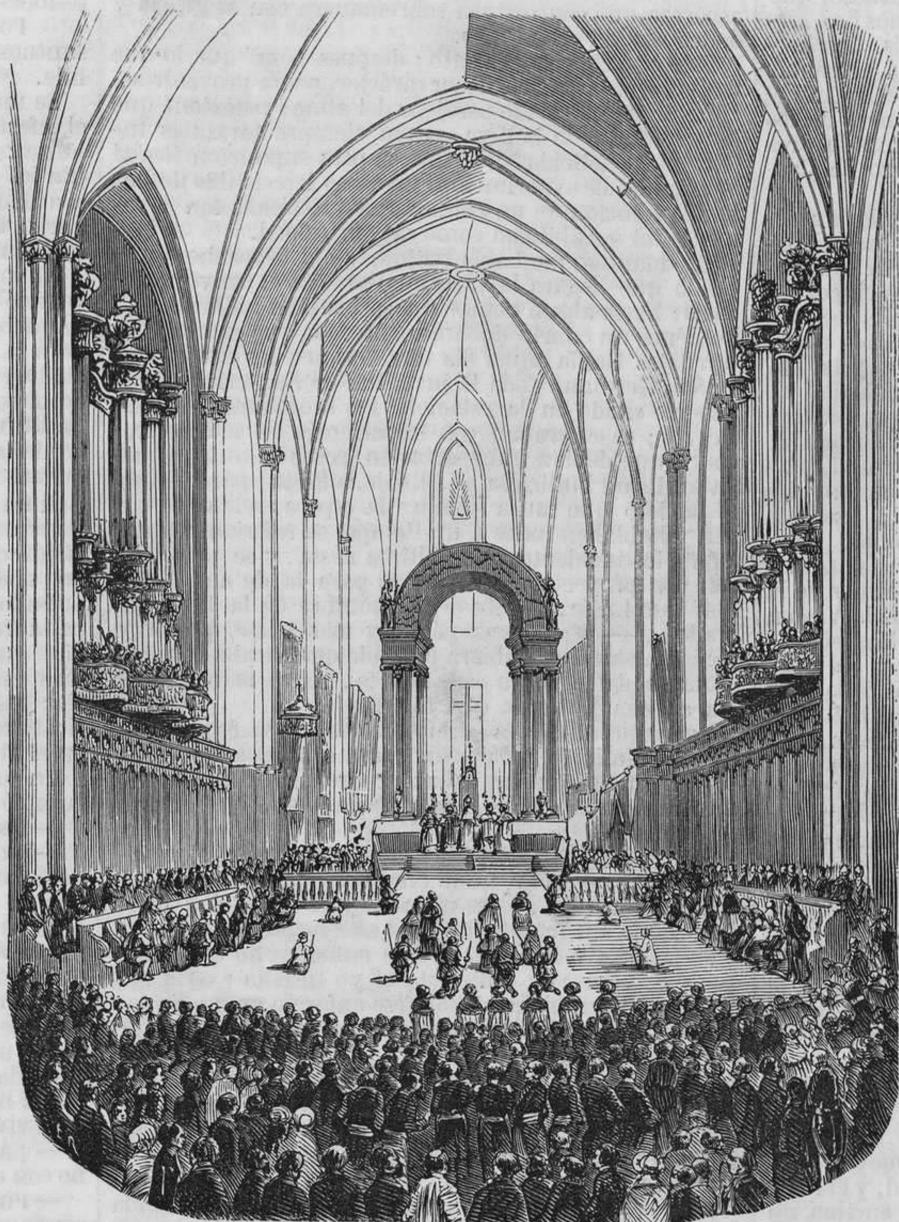
pareja va echando llamaradas de fuego por las narices. Para esto va dentro un hombre encargado de entretener la llama por medio del espíritu de vino, y provisto en regla de buenos vinos y licores para su uso, á propósito de lo cual refieren una anécdota, y es, que habiendo observado *Júpiter* que cesaba el fuego del mons-

truo, y abriendo el vientre de este, se encontraron al que iba dentro dormido en un estado de embriaguez completa. Ved pues, los dioses y diosas llevados por sus trineos y alumbrados por las luces rojizas de las antorchas, espectáculo magnífico, saturnal sin nombre cuyo origen se remonta á los misterios de Isis. Todo esto entretiene á la multitud que en gran parte duerme á cielo raso refugiándose bajo los soportales, en los patios, y tomando las piedras por colchones para descansar algunos minutos y prepararse de nuevo á las zambras de la festividad.

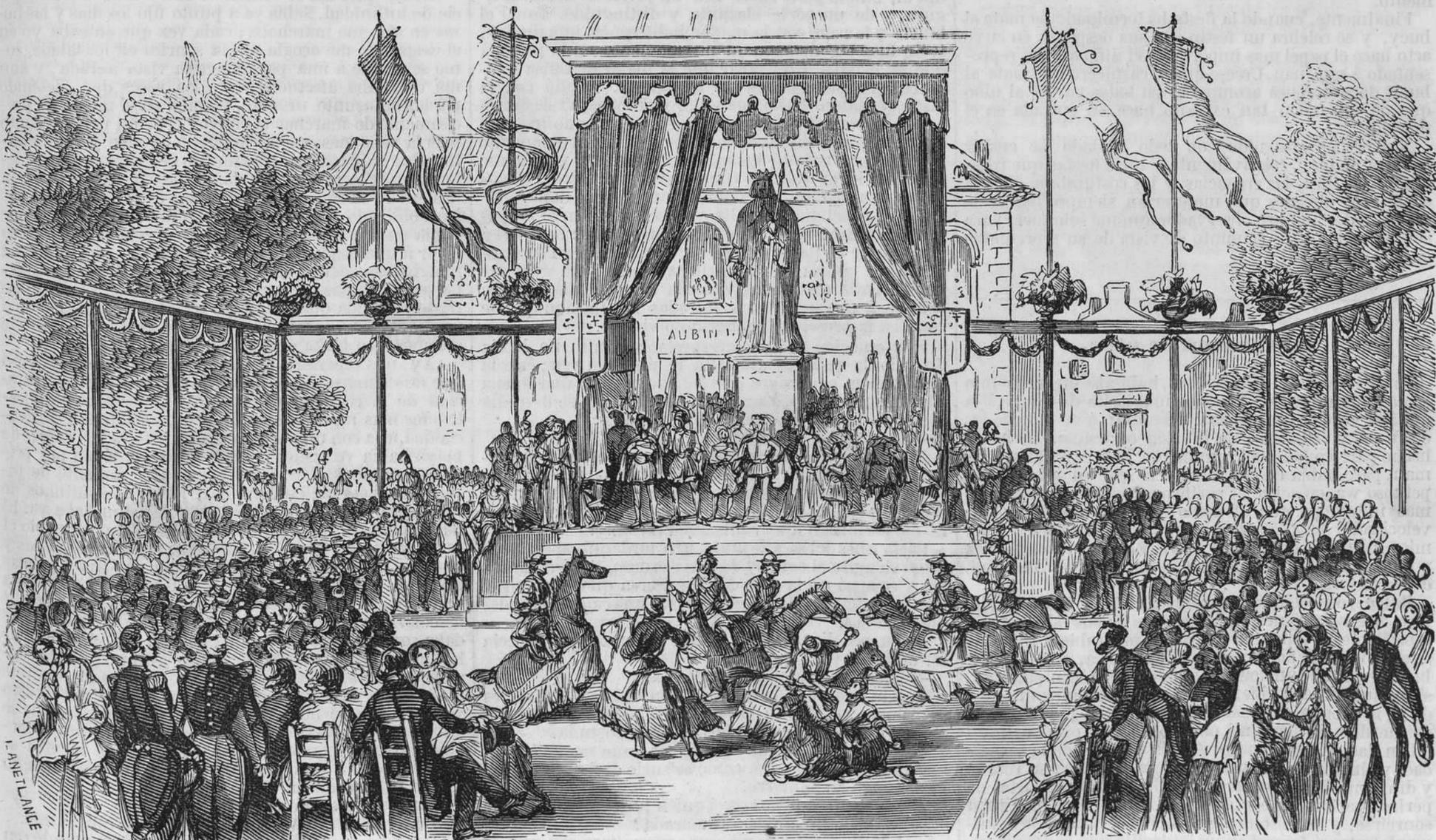
Pero llega el domingo, que es el dia de la gran fiesta consagrada á Dios. Los ejercicios de comparsas ya no son mas que un accesorio que sirve para demostrar el triunfo de la religion sobre el paganismo. Esta es la historia de la redencion tal como la presentaban los antiguos franceses que no conocian aun el efecto de las decoraciones teatrales. El cañon hace oír su voz terrible; la música produce misteriosas armonías, las campanas de *San Salvador*, de *San Juan*, de los *Predicadores* y de todas las iglesias de Aix se tocan á vuelo. El *rey de la jurisdiccion*, el *principe del amor*, y la *abadia* escoltados por alabarderos, escuderos, porta-banderas, bastoneros, etc., se dirigen solemnemente á la catedral de *San Salvador*, basílica de la edad media, donde el incienso arde elevándose hasta Dios acompañado de los cantos seráficos de la infancia. Las autoridades de la ciudad, el prefecto de *Marsella* y el de *Nimes* son presentados, y el arzobispo asistido por cuatro diáconos oficia solemnemente. Este, lo repetimos es un espectáculo magnífico.

Á las seis sale la procesion de *San Salvador* ante la cual se dispersan las comparsas profanas: un silencio religioso sucede á las caprichosas manifestaciones de la locura; las frentes se inclinan, los incensarios se agitan, las flores deshojadas vuelan por el aire y van á caer sobre las piedras formando un tapiz embalsamado. De trecho en trecho se detiene el arzobispo, da al pueblo la santa bendiccion, y la ceremonia se acaba con dignidad y respeto.

Habia pues terminado este año la fiesta oficial, pero el *rey de la jurisdiccion* M. Próspero de *Castillon*, celoso de igualar sino de sobrepasarla generosidad de sus predecesores *Peirese*, *Grimaldi de Regusa*, *Augusto Seillon* y otros caballeros que fueron *reyes* en otro tiempo, habia ofrecido un baile á todo lo que el departamento tiene de mas distinguido. El patio del palacio de justi-



Ceremonias de la divina fiesta en Aix. — Consagracion de los juegos en la iglesia de San Salvador.



Ceremonias de la divina fiesta en Aix. — Torneo y paseo de los juegos delante del rey de la *Basoche*, el principe del Amor y el abad de la *Juventud*.

cia se adornó para esto de un modo tan suntuoso, que las *soirées* celebradas en él igualaban según nos han asegurado á las del Eliseo y prefectura de París. Las hermosas elegantemente vestidas contribuían á presentar el baile como la realización de un sueño de las mil y una noches. El general Rostolan era del número de los convidados, y se calculó que ascendían á mas de tres mil las personas convidadas por M. Próspero de Castillon.

Mientras en Aix se resucitaban las costumbres antiguas del tiempo del rey René, Marsella celebraba sencillamente la fiesta anual de Nuestra Señora de la Guardia. El domingo por la mañana, á eso de las cinco, los penitentes blancos de la hermandad del Espíritu-Santo se dirigían según costumbre á la capilla edificada por el piadoso Francisco I yendo á buscar la efígie de la Virgen para llevarla en procesion. Toda la poblacion de Marsella madrugó para tributar culto á la consoladora de los afligidos. La Virgen fué trasladada á la casa de Ayuntamiento y colocada en un gracioso pedestal, permaneciendo allí hasta el lunes, recibiendo las ofrendas de los fieles que se confían á su intercesion; ¡cuántas joyas, bajo las formas caprichosas de corazones, peces, cruces y navíos han sido depositadas en el altar provisional de la Virgen! Porque en todos los dominios de la cristiandad no hay tal vez un pueblo donde la Virgen sea objeto de un culto tan especial como en Marsella.

No olvidaremos decir algo de la procesion del *buey gordo* cuyo origen se remonta á los tiempos de la fundacion de la ciudad, y á propósito de la cual hallamos esta noticia en la estadística de aquella provincia: «El toro figura en casi todas las medallas antiguas encontradas en el departamento. Los marselleses le ofrecían en sacrificio á Diana, y es probable que el cortejo del buey gordo en la divina fiesta de nuestros dias no sea otra cosa que la representacion de los antiguos sacrificios. Decir como se ha perpetuado esta fiesta y porque se verifica en esta época del año, nos seria imposible. Bástanos observar que el traje de los matachines que acompañan al buey recuerda el de los antiguos sacrificadores, que llevaban el vestido corto y remangado, y el cuerpo desnudo desde la cintura arriba; que el buey llevaba los cuernos dorados y salía adornado con guirnaldas y banderolas como se practica todavía; y que, en fin, en las ocasiones solemnes se repartía al pueblo la carne cruda, como se verificaba aun ántes de la revolucion.»

En nuestros dias, el acompañamiento del buey se compone de los principales carniceros de la ciudad, y el buey sale decorado como antiguamente llevando encima un niño de rubia cabellerá representando á san Juan Bautista. Este es el símbolo del triunfo del cristianismo sobre las tinieblas del paganismo. Vestidos los que forman el acompañamiento del modo que dejamos expresado, pasean el buey por la ciudad visitando particularmente á las autoridades y personas notables á quienes ofrecen ramilletes, tortas y confites. Los tambores y gaitas ejecutan aires conocidos, y todos los que durante el dia han celebrado la fiesta del buey gordo se reúnen por la noche para asistir á la procesion general del Santísimo Sacramento.

Finalmente, cuando la fiesta ha terminado, se mata el buey, y se celebra un festin con sus despojos, en cuyo acto hace el papel mas importante el niño que ha representado á san Juan. Créese que el carnicero que mata al buey debe despues acompañar en todas partes al niño que de un modo tan extraño hace su entrada en el mundo.

Nos hemos abstenido con todo cuidado de emitir nuestra opinion relativamente á unas fiestas que revelan la sencillez, las creencias y las costumbres de otra edad. Solo diremos que merecerian siempre llamar la atencion del hombre observador aunque solo fuera para considerarlas bajo el punto de vista de su representacion histórica.

Un Corazon de niña.

En el verano del año de 1844, habitaba un amigo mio cerca de Nanterre, en Francia, una casita de campo á la que iba yo con frecuencia á descansar á su lado de los disgustos y vicisitudes de la vida cortesana. Me habia hecho parroquiano del camino de hierro de San German, pero habia en la preferencia que yo daba al impetuoso wagon sobre el pacífico celerífero, otro motivo mas influyente que el deseo imperioso de llegar con velocidad á todas partes, que es la enfermedad epidémica incurable de nuestra época. Era una jóven de diez y siete años que desempeñaba en Nanterre las funciones de cobradora.

Habia yo notado en mi primer viaje la finura y pureza de sus facciones, la hermosura de sus cabellos y la esbeltez de su talle. Sin embargo, me hubiera limitado á concederle esa admiracion momentánea, que es el tributo general de un hombre á toda mujer bien parecida, si no hubiera descubierto en el rápido exámen que hice de su fisonomía, contrastes sorprendentes, que excitaron extraordinariamente mi curiosidad. Sus ojos manifestaban las señales comunes de la alegría, de la vivacidad, y sin embargo, su mirada era sombría, su rosada y diminuta boca, que al abrirse dejaba ver dos sardas y perlas, parecia haber sido hecha expresamente para sonreírse, y no obstante, sus labios oprimidos generalmente entre sí formaban un gesticillo que se avenía indudablemente con un carácter triste y fantástico; se

notaba en fin en sus ademanes y en su continente una aspereza que contrastaba sobremedera con la gracia y delicadeza de sus formas.

Esto me chocó al pronto; despues pensé que lo que me parecia un reflejo de su carácter, podia provenir solamente de un estado pasajero del alma; reflexioné que la juventud y la belleza no son siempre garantías infalibles de felicidad: de una en otra suposicion llegué al extremo de experimentar un deseo irresistible de hallar la solucion de un enigma que interesaba tan vivamente mi sensibilidad como mi curiosidad.

Un domingo me habia sentado en el despacho, esperando que llegara la hora en que salia el convoy para París; hacia algun tiempo que procuraba hallarme allí lo ménos un cuarto de hora ántes de que pasaran los carruajes. Habia aquel dia una fiesta en los alrededores de San German. Toda la juventud de Nanterre parecia haberse citado en la estacion; los semblantes estaban alegres; se esperaban con impaciencia los veloces wagones que debían transportar en pocos minutos aquella multitud bulliciosa al sitio de la fiesta; para disipar el fastidio que causa siempre la espera, reían, cantaban y hablaban todos á un tiempo, se referían mutuamente los incidentes de la última fiesta, y se participaban los proyectos de diversion para la de aquel dia. Noté que Luisa, — este era el nombre de la linda cobradora, — estaba mas pálida y mas triste que otras veces; cualquiera hubiera pensado que sacaba con sentimiento del registro cada billete, sobre todo cuando era alguna jóven la que le pedía.

Me sorprendió esta circunstancia, cuya explicacion no podia hallar, y para aproximarme á Luisa aproveché el momento en que acababa de marchar un convoy hacia San German y me habia quedado solo con ella en el despacho.

— ¿Padece Vd., señorita? la pregunté con interés.

— ¿Yo? no señor, no lo crea Vd.

El decaimiento de sus miradas y la alteracion de su voz, daban un mentis formal á esta negativa.

— Me alegro infinito, la dije entonces no queriendo que me tachase de indiscreto si yo insistía: seria lástima verdaderamente el hallarse enferma en un dia tan hermoso, en medio de todas esas caras que solo respiran alegría y animacion.

Luisa me miró fijamente sin decir una palabra, pero hubo en aquella mirada una expresion de reconvencion que me impresionó profundamente; me turbé y sentí que los colores me salían al rostro cual si acabara de decir una necedad; empecé á tartamudear torpemente algunas palabras para disculparme, cuando la llegada del convoy que estaba esperando para marcharme, me sacó de mi situacion embarazosa. Llevé en la memoria, como una especie de remordimiento, el recuerdo de aquella mirada que expresó á un tiempo indignacion y tristeza, pero en vano traté de atormentar mi imaginacion, pues no pude hallar explicacion de aquel misterio.

Otro dia me habia colocado, según costumbre, á corta distancia de Luisa, y de modo que no se me escapara ni su mas mínimo movimiento, cuando un viajero la pidió un billete para París. Era un jóven de hermosa figura, y de un porte elegante y distinguido. Tomó el billete y le pagó con la mayor indiferencia imaginable, y sin fijar su atencion ni un momento en la persona que se le daba. Creí notar que la mano de Luisa temblaba extraordinariamente al dárselo. Siguió con la vista al viajero hasta que salió, y entonces vi deslizarse dos lágrimas por sus mejillas. En el mismo instante se encontraron nuestras miradas: volvió bruscamente la cabeza, se enjugó los ojos á hurtadillas, y solo me volvió á mirar cuando consiguió hacer asomar á sus labios una sonrisa, cuya afectacion me hizo daño.

Desde aquel dia me hallé con frecuencia en el despacho á la misma hora que el expresado jóven; no volví á ver asomar el llanto á los ojos de Luisa, pero su semblante se cubria de una palidez mortal; era evidente que sostenia una lucha violenta consigo misma para ocultar á mis indiscretas miradas la emocion que le causaba la presencia del hermoso viajero.

Esta emocion ¿cómo interpretarla? Luisa no habia dirigido la palabra al jóven ni una sola vez; este la hablaba con esa finura que denota siempre una buena educacion; sin embarazo, sin afectacion, y se despedía invariablemente de ella con esta fórmula:

— Mil gracias, señorita.

Era evidente que no existía entre ellos relacion alguna, y sin embargo, el jóven, aunque no parecia sospecharlo siquiera, ejercía sobre la pobre Luisa una influencia positiva y poderosa; este era un hecho del que no me permitian dudar mis observaciones.

Hacia fines del mes de junio, una tarde que esperaba yo como siempre el convoy de San German, llegó el de París, y se apeó un lacayo de gran librea que entró en el despacho despues de haber recogido una caja de grandes dimensiones.

— Buenos dias, Felipe, le dijo un mozo que parecia ser amigo suyo.

— Buenos dias, Pablo, buenos dias.

— ¿Qué casualidad te trae por esta tierra? Esta es la primera vez que te se ve por aquí desde que te marchaste á París hace tres años á buscar fortuna.

— Es verdad, pero de aquí en adelante me veréis con mas frecuencia; tendré, como se suele decir, un pié en París y otro en Nanterre.

— Me alegro mucho; ¿y á quién podrá agradecerse haber hallado un antiguo camarada?

— A M. de Luzancy, mi amo, que se casa con una de nuestras aldeanitas, la señorita de Valmonzey.

— Diantre, un buen partido; tiene tres ó cuatro posesiones de las mejores que hay en esta comarca.

— Por eso traigo para ella uno de los canastillos mas suntuosos que han salido del almacen de modas de De-lille.

Se marcharon los interlocutores, y solo entonces noté el efecto que habia producido esta conversacion en Luisa: estaba estendida sin movimiento en su sillón, con los ojos cerrados y la cabeza caída hacia atrás. Corrí á su lado presuroso, y apliqué un frasco de sales á su nariz, tardando aun algunos minutos en recobrar el conocimiento.

Al volver en sí miró con inquietud á su alrededor, y pareció tranquilizarse al ver que me hallaba solo en el despacho; me dió las gracias, y me rogó que la perdonara la molestia que me habia causado su accidente, atribuyéndole al calor, que efectivamente era excesivo; despues empezó á hablarme de cosas indiferentes; pero inútil fué que tratara de manifestar tranquilidad; el llanto mal comprimido ahogó su voz, y torrentes de lágrimas inundaron sus mejillas.

Si un momento podia parecerme favorable para obtener una confidencia, era aquel seguramente, y debo añadir que si yo tenia un vivo deseo de ello, no era ya por obedecer á una curiosidad frívola. Me sentía impulsado hacia aquella jóven desgraciada por una simpatía franca y verdadera, por un afecto fraternal; adviné que se representaba en su alma uno de esos dramas misteriosos que marchitan y devoran la existencia; hubiera deseado, ya que mi poder no alcanzara á cicatrizar las llagas de aquel corazon ulcerado, derramar en él al ménos el bálsamo del consuelo.

En cuanto pronuncié las primeras palabras me interrumpió la infeliz:

— Por piedad, caballero, no me haga Vd. preguntas.

— Veo que Vd. me confunde con esos preguntones importunos para quienes el relato de las desgracias ajenas no tiene otro resultado mas que el de procurarles la diversion de una emocion pasajera, cual si leyeran una novela.

— No, respondió Luisa, no le juzgo á Vd. de esa manera; creo en la sinceridad de la compasion que Vd. me manifiesta, y es Vd. la única persona á quien me atrevo hoy á mirar cara á cara despues de mis momentos de debilidad.

— Y hace Vd. muy bien, Luisa, no me interesaría Vd. mas vivamente aunque fuera Vd. hermana mia.

— ¡Ah! gracias, gracias, me dijo estrechando mi mano con efusion.

— Pues entonces ¿porqué rehusa Vd. hacerme una confianza de que me cree digno? Abreme Vd. su corazon: disminuya sus penas haciéndome partícipe de ellas; se sufre doble cuando se sufre en secreto.

Luisa pareció vacilar un momento: yo aumenté mi porfía.

— No, dijo al fin resueltamente, las ilusiones de una pobre loca deben permanecer ignoradas de todos: solo Dios las sabe, y solo de él espero un poco de fuerza y de resignacion.

Se calló y respeté su silencio.

Desde aquel dia se estableció entre ambos una especie de intimidad. Sabia ya á punto fijo los dias y las horas en que me marchaba; cada vez que entraba yo en el despacho, me acogía con la sonrisa en los labios, como se recibe á una persona cuya vista agrada, y aun me regañaba afectuosamente las veces que, detenido por algun asunto urgente, llegaba en el momento precisamente de marchar el convoy. Por mi parte, cuanto mas la veía mas me aficionaba á aquella jóven infortunada; habia en mi corazon un eco para todos los dolores que me revelaba la languidez de su mirada y la tristeza de su sonrisa. Cuando mis ocupaciones me habian obligado á permanecer algunos dias en París, me ponía en camino con la misma impaciencia que si fuera á ver á una madre ó á una hermana, y en el viaje mi imaginacion, ocupada exclusivamente de Luisa, me la representaba unas veces risueña y consolada, y otras mas triste y abatida que lo que yo la habia dejado la última vez; alternativa de esperanza y de aprension que me atormentaba hasta el momento de llegar.

¡Ay! mis esperanzas no se realizaron nunca, al paso que mis temores siempre fueron pequeños en comparacion de la realidad que hallaba. El sentimiento, destructor mas rápido que el tiempo, consumía la existencia de Luisa con una actividad devoradora. En el mes de mayo habia yo visto á aquella hermosa jóven por primera vez, algo triste y pensativa, pero radiante de juventud y belleza; estábamos á la sazón á últimos de setiembre, y de todo aquel brillo nada quedaba ya. El llanto habia enrojecido sus párpados y amortiguado el fuego y viveza de sus miradas; sus mejillas hundidas y macilentas no habian conservado de su frescura mas que unas rosetas encarnadas, indicio de la calentura que minaba su existencia; sus labios estaban secos y descoloridos; su mano abrasaba la mia cuando me la daba con amistosa expresion; solo su voz, cuya articulacion era sin embargo algo mas gutural, habia conservado inalterable aquel timbre encantador que me apasionaba y me enternecía. Su andar era tan languido y vacilante que no podia dar veinte pasos sin que le faltara la respiracion. No era necesario ser un observador hábil y perspicaz para conocer que la vida se retiraba poco á poco de aquel cuerpo tan frágil que no era ya ni su sombra.

Una tarde me dijo:

— Le esperaba á Vd. con impaciencia, amigo mio.

— ¿Le ha sucedido á Vd. algo bueno? la pregunté con interés.

Pero me bastó mirarla para conocer que mi suposición carecía de fundamento.

— No, añadí entonces con una emoción que no fui dueño de contener; sus ojos de Vd. están enrojecidos por las lágrimas, y desde ayer ha llorado Vd. mas que otras veces.

— Tranquílcese Vd., no soy mas feliz ni mas desgraciada que antes, pero tengo que pedirle á Vd. un favor.

— Hable Vd., Luisa, hable Vd., no dude Vd. del placer que me dará el poderla ser de alguna utilidad.

— Lo que exijo de Vd. no es muy difícil; pero es de mucho interés para mí. Mi madre se ha alarmado con el estado de mi salud, y me ha pedido que deje el destino que desempeño aquí, para disfrutar de un descanso que el médico considera necesario: yo me he negado á ello.

— Ha hecho Vd. mal, Luisa.

— No señor, he hecho bien; este destino, que tanto maldije en otro tiempo, me es hoy muy necesario, y permaneceré en él mientras viva, á no ser que me le quiten.

Comprendí por la energía de sus palabras que era inútil el tratar de disuadirla. Luisa prosiguió despues de un instante de silencio:

— Mi madre, viendo que me affigia su insistencia, accedió á mis deseos, y yo por mi parte he consentido en que venga en lo sucesivo á estar aquí conmigo, para que me ayude en el trabajo y me evite el cansancio. Mañana ya, amigo mio, no me encontrará sola en este despacho; las palabras que Vd. me dirija serán oídas por la mejor, la mas tierna y la mas sensible de las mujeres; haga Vd., pues, se lo ruego, que esas palabras no hagan entrar la desesperación en su alma.

— ¿Qué quiere Vd. decir con eso?

— Que mi pobre madre se hace aun ilusiones sobre el estado de mi salud; cree que solo padezco una indisposición de que triunfará la fuerza de mi juventud. Pero si ella conociera la causa de mi mal, si ella supiera que una pena profunda, desgarradora, aniquila á su hija, una de esas penas que solo se curan con el olvido de la tumba, no habria ya para ella ni un momento de reposo y felicidad. Por consiguiente cuide Vd., repito, de que sus palabras no la obliguen á sospechar la verdad.

— Se lo prometo á Vd., Luisa.

— Muéstrese Vd. ante ella con el semblante risueño; yo haré lo posible por imitarle á Vd., y conseguiremos por lo ménos robar algunos dias á su dolor.

Iba yo á interrumpirla; pero prosiguió.

— Sé muy bien lo que me va Vd. á decir; me acusará Vd. de verlo todo demasiado negro y de renunciar harto pronto á la esperanza; me citará Vd. ejemplos de curaciones mas inesperadas que la mia; pero evitaré que haga Vd. esfuerzos infructuosos, dejándole leer lo que pasa en mi corazón. Sí, quiero confiar hoy á su amistad de Vd. ese secreto que el rubor me impidió revelar á Vd. hace algunos meses; es la única prueba de gratitud que puedo dar á Vd....

De repente se estremeció Luisa; dos personas acababan de entrar en el despacho para tomar billetes; una era M. de Luzancy, el jóven que tanto impresionaba á Luisa, y la otra era una mujer jóven y linda, que se habia casado hacia poco tiempo con él. Luisa se repuso y entregó los billetes; al mismo tiempo llegó el convoy, y M. de Luzancy se apresuró á subir en uno de los carruajes con su esposa. En su precipitación olvidó una rosa que llevaba en la mano cuando entró y que habia puesto inadvertidamente sobre la mesa de Luisa. Yo me habia levantado para ver marchar el convoy. Al volver á mi sitio, vi á Luisa que cogia la rosa y la escondia furtivamente en el pecho: se puso muy encarnada al conocer que yo la habia sorprendido, pero venciendo despues aquel movimiento pasajero de vergüenza, y tendiéndome la mano como para solicitar mi indulgencia, me dijo:

— ¿Qué importa, puesto que lo va Vd. á saber todo?

La historia de la pobre Luisa era muy sencilla; no ofrecia esa acumulación de incidentes extraordinarios que usan nuestros novelistas actuales para estimular nuestro apetito literario, saciado ya por la mucha lectura. Héla aquí, tal cual ella me la refirió:

— Soy hija de un pobre oficial que no trajo de sus campañas mas que una pension mezquina, una cruz ganada gloriosamente en los campos de batalla, y las cicatrices frescas aun de las muchas heridas que en ellos recibió. Mi niñez trascurrió en un colegio de Paris, y fui tan feliz como si hubiera nacido en la opulencia. Mis padres, cuyo cariño hácia mí rayaba en idolatría, se imponian las privaciones mas crueles para poder sostener los gastos de mi educación. Ignoré esta circunstancia hasta la muerte de mi padre, pues tal fué el esmero que tuvieron para ocultármela, con el objeto de no turbar mi alegría y mis placeres; pero al fin tuve que saber la verdad cuando se quedó viuda mi madre, sin mas recurso que un socorro insignificante que la daba el ministro de la Guerra, y que bastaba apenas para darla un pedazo de pan diario. Salí entonces de la pension y quise ser á mi vez el sosten y apoyo de la que se habia sacrificado tan generosamente por mí. Un amigo antiguo de mi familia ocupaba una posición importante en la administración del camino de hierro de San German, y me hizo obtener el destino de cobradora de la estacion de Nanterre.

Desgraciadamente habia yo permanecido cinco años entre muchas niñas que pertenecian todas á familias ricas. Tratada absolutamente lo mismo que ellas, me habia acostumbrado á considerar aquella igualdad del presente como una condición precisa del porvenir. En

todas las conversaciones, en todos los proyectos de mis compañeras, no se hablaba sino de placeres y fiestas: yo decia entre mí: Yo participaré de ellas, y se exaltaba mi imaginación, me veia disfrutando la vida de los salones, arrastrada en el torbellino de los bailes, aplaudida en los conciertos, y fijando todas las miradas, conquistando todos los obsequios; ¡me embriagaba con mi felicidad y con mis futuros triunfos!...

Juzgue Vd. el vacío atroz en que me hallé sepultada cuando ví desgarrar bruscamente el velo de mis ilusiones brillantes.

Pero como si la privación no fuera un castigo bastante severo para mis sueños de niña, la suerte me colocó en una posición que me era aun mas cruel, poniendo sin cesar ante mí vista la felicidad de los demás. Cada domingo, cada dia de fiesta, veia pasar millares de muchachas lujosamente ataviadas, alegres y felices; se presentaban á mí una por una, y las distribuia los billetes deseados. Envidiaba sus sonrisas, con las cuales no podia mezclarse la mia; envidiaba el aire satisfecho que brillaba en sus semblantes y que no podia reflejar el mio; ellas se lanzaban ligeras y gozosas en pos de los placeres, al paso que yo permanecia inflexiblemente clavada detrás de esta mesa; aquí estaba cuando se marchaban, aquí cuando volvian, y siempre aquí, esclava de sus goces, sin disfrutar nunca de ellos!...

— ¡Pobre Luisa! ¡Ahora comprendo aquella mirada triste, aquellos gestos impacientes cuyo motivo trataba yo de adivinar! ¡Sufriria Vd. cruelmente?

— ¡Ah! sí, pero no me faltó el valor; la razón venia siempre, y hallaba nuevas fuerzas al pensar en mi madre. Además no tengo malas inclinaciones, y hubiera conseguido dominar aquellos movimientos de envidia y despecho que no se avenian bien con mi corazón. Lo que debia vencerme y traerme al estado en que me halló, era un sentimiento mas nuevo para mí y mucho mas poderoso que la afición á los placeres...

— Su apresuramiento de Vd. para guardar esa flor me lo ha revelado todo; y al decir esto la señalé la rosa, de la que se escapaban indiscretamente algunas hojas por el pecho.

— No se ha engañado Vd., amigo mio, sí, la causa verdadera del mal que me lleva al sepulcro á pasos agigantados es un amor sin esperanza, un amor que ni siquiera le sospecha el que le ha inspirado, y al cual no podria corresponder aunque llegara á saberlo. Desde el primer dia en que ví á M. de Luzancy, comprendí que iba á ejercer una influencia grande en mi destino. Ese es, pensaba yo, el hombre que hubiera obtenido mi amor si se hubieran realizado mis sueños dorados del colegio; y á pesar de conocer la distancia inmensa que nos separaba, me apasioné de él perdidamente. Al pronto fué un sentimiento tierno, del que me dejé llevar insensiblemente, pero pronto llegó á ser una pasión profunda, invencible, que no cesó de progresar, y que progresará siempre hasta que me precipite en la huesa. Yo sabia que amaba á otra, que solo por ella venia aquí, y sin embargo deseaba su presencia y se me figuraba que no venia con bastante frecuencia; despues ¡extraña contradicción! apenas le veia llegar, cuando en lugar de hallarme satisfecha y feliz sentia desgarrado mi pobre corazón por todos los tormentos de los celos!... ¡Oh! ¡cuánto me ha hecho sufrir su casamiento! ¡Cuánto sufro aun cada vez que le veo sonreirse con su esposa, que parece estar tan contenta y tan envanecida con poseerle!... ¡Deberia huir de un espectáculo que me atormenta, pero tendria que renunciar entonces á verle, y este es un sacrificio superior á mis fuerzas!... Esta es la razón, amigo mio, porque me he resistido á los ruegos de mi madre; si merece algun respeto la voluntad de una mujer moribunda, permaneceré detrás de esta mesa hasta que todo se acabe para mí... porque en aquel momento supremo, tal vez el cielo se apiade de mí y haga que M. de Luzancy se presente por última vez á mi vista... ¡Entonces moriré mas tranquila, llevando el consuelo de que ha sido para él mi última mirada!...

Luisa pronunció estas palabras con una voz tan conmovida y tal débil que apenas pude adivinarlas; despues se quedó pensativa, con la cabeza inclinada sobre el pecho, y los ojos bajos y preñados de lágrimas. Traté de reanimar su antiguo valor hablando sucesivamente á su imaginación y á su corazón, ¿pero qué influencia podian ejercer los consuelos y los razonamientos sobre un dolor que habia echado raíces tan profundas?

Al dia siguiente, segun me lo habia anunciado Luisa, se hallaba su madre á su lado. ¡Pobre madre, tan fácil de engañar!... Se me oprimia el corazón cada vez que veia su semblante satisfecho contemplando las sonrisas de su hija. ¡Oh! si hubiera sospechado cuántos esfuerzos sublimes, cuánta abnegación filial habia en cada una de aquellas sonrisas!... Pero habia prometido á Luisa respetar su secreto, y me hice cómplice de su pidiada mentira.

A mediados de octubre tuve que trasladarme al Havre de Gracia, á donde me llamaba un asunto de familia, que me obligaria á detenerme en aquella ciudad unos quince dias. Cuando fui á despedirme de Luisa, la felicité, delante de su madre, por la mejoría que anunciaba su semblante, me dió las gracias con una mirada que expresaba una tristeza profunda. Al marcharme la dije:

— Hasta la vuelta.

Me estrechó ella la mano y me contestó:

— ¡Adios!

Volví á Nanterre el 1º de noviembre. Un anciano ocupaba el sitio de Luisa en la estacion; me entregó una cajita sellada en cuya tapa estaba escrito mi nombre. La abrí, y contenia una rosa seca y esta esquela.

« Amigo mio: Coloque Vm. por si mismo esta flor sobre mi tumba; es mi último deseo, y siento algun consuelo al confiarle á Vd. su realización.

« LUISA. »

Al dia siguiente era el dia de los difuntos; fui al cementerio de Nanterre. Habia en él mucha gente; hijos que iban á visitar las tumbas de sus padres, amigos que llevaban recuerdos y coronas á sus amigos, y personas indiferentes que convertian aquella peregrinación en un paseo público.

Me arrodillé delante de una cruz de madera, en que se leia esta inscripción sencilla:

LUISA.

DIEZ Y OCHO AÑOS.

Até la rosa al pié de la cruz, y oré.

La conversacion de dos hombres que se habian parado detrás de mí vino á turbar mi recogimiento.

— Luisa, dijo uno de ellos, toma, esta era la cobradora de la estacion del camino de hierro.

— ¡Diez y ocho años, qué jóven era! dijo el otro.

— ¡Qué lástima, morir tan pronto siendo tan bonita!

— ¡Ah! ¿era bonita?

— Preciosa; debe Vd. acordarse de ella.

— No, á fé mia; le confieso á Vd. que no reparé en ella nunca.

Me volví: la persona que acababa de hablar era M. de Luzancy.

¡No reparó en ella nunca... y él fué la causa de su muerte!!!

Notas y recuerdos.

LA HABANA; LO QUE SE VE EN SUS CALLES, Y LO QUE NO SE VE.

Á causa sin duda de los contratiempos que sufrimos, nunca he saludado con corazón mas contento una ciudad extranjera. Yo hubiera querido echar, desde el pavimento de baldosas del muelle, tan blancas como el mármol de Carrara, algunas miradas retrospectivas á la brillante bahía, y á las colinas lejanas, que se destacaban como ramilletes de verdura en el azul profundo del cielo. Pero en un momento se apoderaron de mí, negros, bateleros, cocheros, etc., etc., cogieron mi equipaje, y me llevaron, de buen ó mal grado, á la fonda.

Una fonda en la Habana es una casa mas ó ménos espaciosa, construida con el objeto de recibir el mayor número posible de personas; así, aunque no haya muchos aposentos, en cambio hay muchas camas, que es lo esencial. Muchos viajeros se habrán quizá lamentado de esto; por mi parte, libre de la pesadilla de la cuarentena, hasta la paja al aire libre me hubiera parecido lecho suntuoso, y hoy embellecen mi memoria agradables recuerdos de la ciudad española para pensar en incomodidades pasajeras, y comunes á todos los viajes, en este como en el otro hemisferio. Además; las noches son muy cortas, cuando la luna de los trópicos las ilumina, y los frecuentes y espléndidos rayos del sol vienen á despertarnos desde el alba!

La fonda de la señora Almy es pintoresca y oriental. Un patio de columnas soportan las galerías interiores. La escalera es espaciosa y cómoda, el salon se abre á todas las brisas, y se come en un vestibulo abierto, comedor el mas meridional que he visto en mi vida.

Tiene dormitorios, donde no se pasan mas que las horas del reposo, con su mesa de tocador, una cómoda y algunas sillas, á las que hay que añadir el equipaje del viajero para complemento del mueblaje. Las camas tienen sus mosquiteras, y unos colchones tan lijeros y frescos como lo exige el ardor del clima.

La mayor dificultad que experimenta el viajero, acostumbreado á la vida sedentaria, es la de plegarse á las costumbres que varían tanto segun los climas. Esta es sin duda la razón que inclina á los viajeros á quejarse, sin mala intención de seguro, y á exajerar las incomodidades que se ve obligado á sufrir en país extranjero, y á señalar como inconvenientes graves; usos, que los indígenas encuentran los mas naturales del mundo; de esa manera, habria una multitud de observaciones y detalles que chocarian en un libro á los lectores del Norte viajando por el Sur, si no se tuviera cuidado de recordarles sin cesar que las diferencias de temperatura, costumbres, estaciones y temperamentos constituyen tantas imposibilidades en nuestro género de vida, como crean necesidades en otro completamente distinto. Cada cosa tiene su razón de ser; y así, los pueblos de los trópicos no tienen mas necesidad de construir casas cerradas guarnecidas de caloríferos, que la que tienen los pueblos vecinos del polo de Kioskos y casas de campo, abiertas á los cuatro vientos.

En último análisis, las fondas en Cuba se resienten un poco de la indolencia que se atribuye á la raza española, que habita aquella isla, y que no es quizá mas que el efecto necesario y natural del clima. Por otra parte, contribuye en gran manera á esto, la generosa hospitalidad que allí se recibe. Los extranjeros de distinción hallan en la Habana tantas casas amigas que se abren para recibirlos, tantas mesas de familia, en que tienen guardado su asiento, que en ninguna parte puede sentirse ménos la insuficiencia de los establecimientos reservados á los viajeros. No se conocen, por ejemplo, las casas amuebladas, y si no se quiere habitar una fonda, es preciso tomar una casa, alquilar muebles ó com-

prarlos. Tal vez este inconveniente disminuye el número de familias americanas que de otro modo irían á ostentar sus trenes elegantes durante el invierno, dejando á los habaneros mucha ganancia. Hablo de las emigraciones de familias, porque un hombre solo encuentra, como en todas partes, medio de colocarse á su gusto en aquella ciudad predilecta, de que voy á ocuparme, despues de tantos como lo han hecho de tan diversas maneras ántes que yo.

¡Cómo describir la Habana, la ciudad mas original que he visto debajo del cielo! Las calles están generalmente tiradas á cordel bajo un plano regular. Pero; qué variedad en su aspecto! Las unas están pintadas de amarillo, otras de azul, blanco ó encarnado. Esta tiene un piso, aquella dos; y no mar, los huracanes no pues permiten mayor elevacion. Todas tienen ventanas gigantescas y puertas inmensas; las primeras con rejas de arriba abajo, que por mas que se haga, hacen pensar mas en los enamorados que en los ladrones. Algunas hay que tienen un postiguillo, que pudiera en caso necesario dar entrada á un hombre.

— Pero su objeto no es ese, caballero; es para ver mejor la calle y para tomar el fresco por la noche; y además, en caso de accidente ó incendio, es una salida preparada para los dueños de la casa.

— Muy bien, señora, no pensaba yo otra cosa, créalo Vd.

— No, pero tiene Vd. cierto aire al hablar de los enamorados....

— ¡Oh! señora, ¿se figura Vd. que si yo lo estuviera de Vd., podría pensar en la reja?...

La mayor parte de ellas sobresalen de modo que permiten las miradas oblicuas en la calle. Si hace sol, se deja caer una celosía movable, no tan espesa que impida ver por sus intersticios ojos negros rasgados que harían palidecer por la noche á las estrellas. Pero á esta hora, cuando la ciudad está sepultada en la sombra, apesar de los torbellinos de polvo que cubren la atmósfera con sus átomos, todas las ventanas se iluminan interiormente, las persianas se levantan, y el paseante puede echar una ojeada en los detalles de la vida doméstica.

Los cuadros varían poco en general; en dos filas de sillones movibles se columpian los miembros de la familia y los amigos de la casa. Los abanicos están en juego; la conversacion los acompaña, y nadie hace caso de los que pueden oír algo al pasar. Se examina la gente

que cruza, y se deja examinar por ella. El padre duerme, la madre se abanica, los jóvenes charlan. En un rincón de la sala se abre una puerta cochera, y los rayos de la lámpara se reflejan en los adornos de plata de un carruaje. Este es el aspecto general del salón, abierto del lado de la calle en la Habana, y esto lo que ha hecho decir que las señoras vivían en la calle. La palabra es impertinente é inexacta. Los que han pronun-

el sol quiebra sus rayos en todos los ángulos; las sombras se destacan con vigor extraordinario sobre el fondo claro, se pasean á los piés de los paseantes, y descenden en anchos panales de los balcones, en que se mueve á veces una cortina. Todos los que recorren la ciudad tienen cierto carácter, y hasta el frac negro y el chaleco de seda americana son propios para despertar la atencion. ¡Pero qué diferencia entre el paso prosaico del hom-

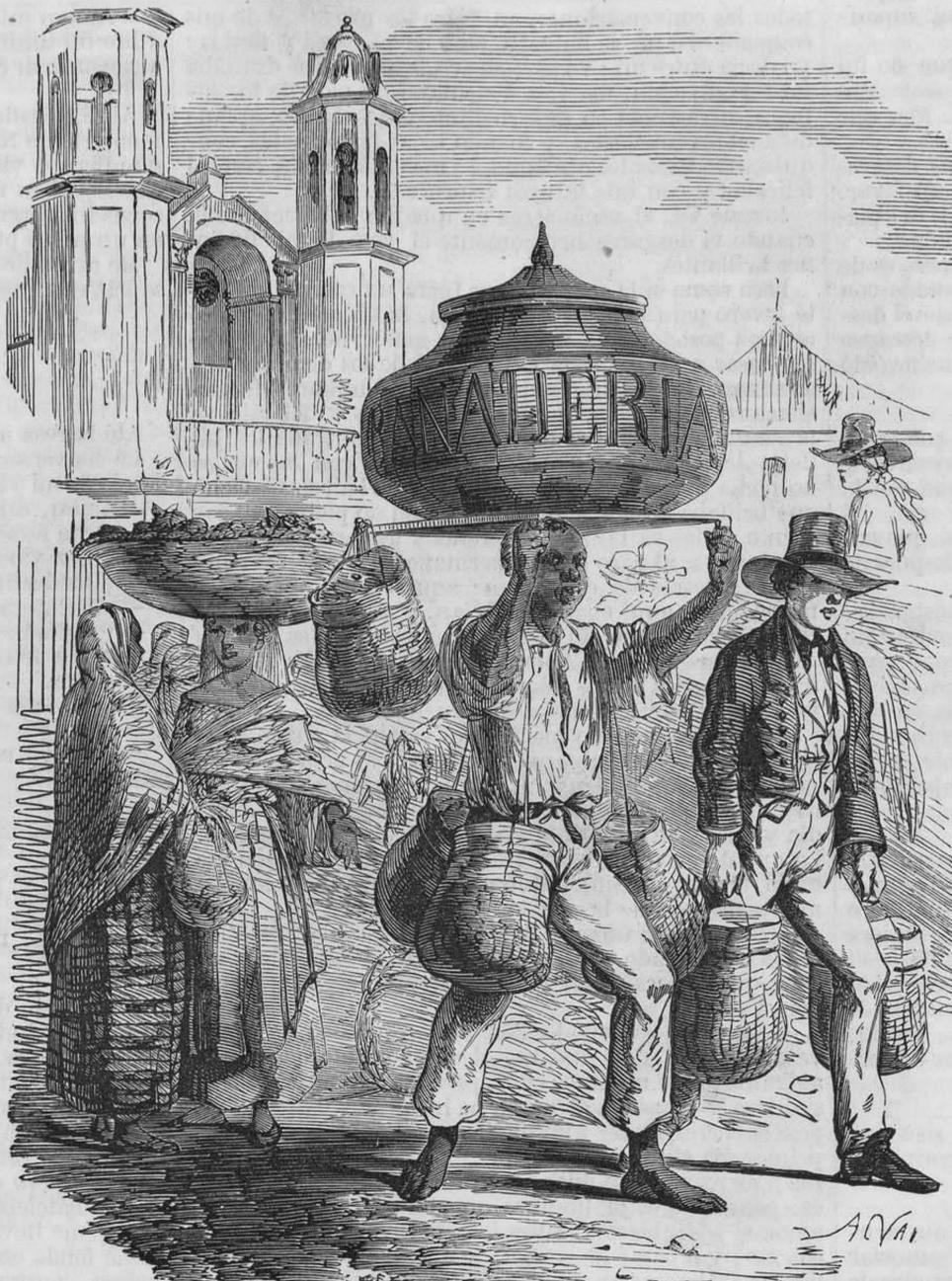
ciado este fallo han sido injustos, y no se puede pensar que se ha llegado en aquella ciudad á realizar lo de la casa del cristal que pedía el ciudadano romano. Ni esta costumbre es tan general como se cree, porque muchas familias no se dejan ver mas que por los balcones de un piso principal, lo cual ya está mucho mas elevado.

Los de la Habana varían de altura, forma y dimensiones; todos están volados, unos descubiertos y guarnecidos con balaústres de hierro, otros con un ligero cobertizo, y realizados por columnitas de madera torneadas y talladas caprichosamente. No creo que los haya con rejas. No se está en el convento, y si se estuviera, sería muy sensible, porque la ciudad se vería privada de su mejor adorno durante la noche.

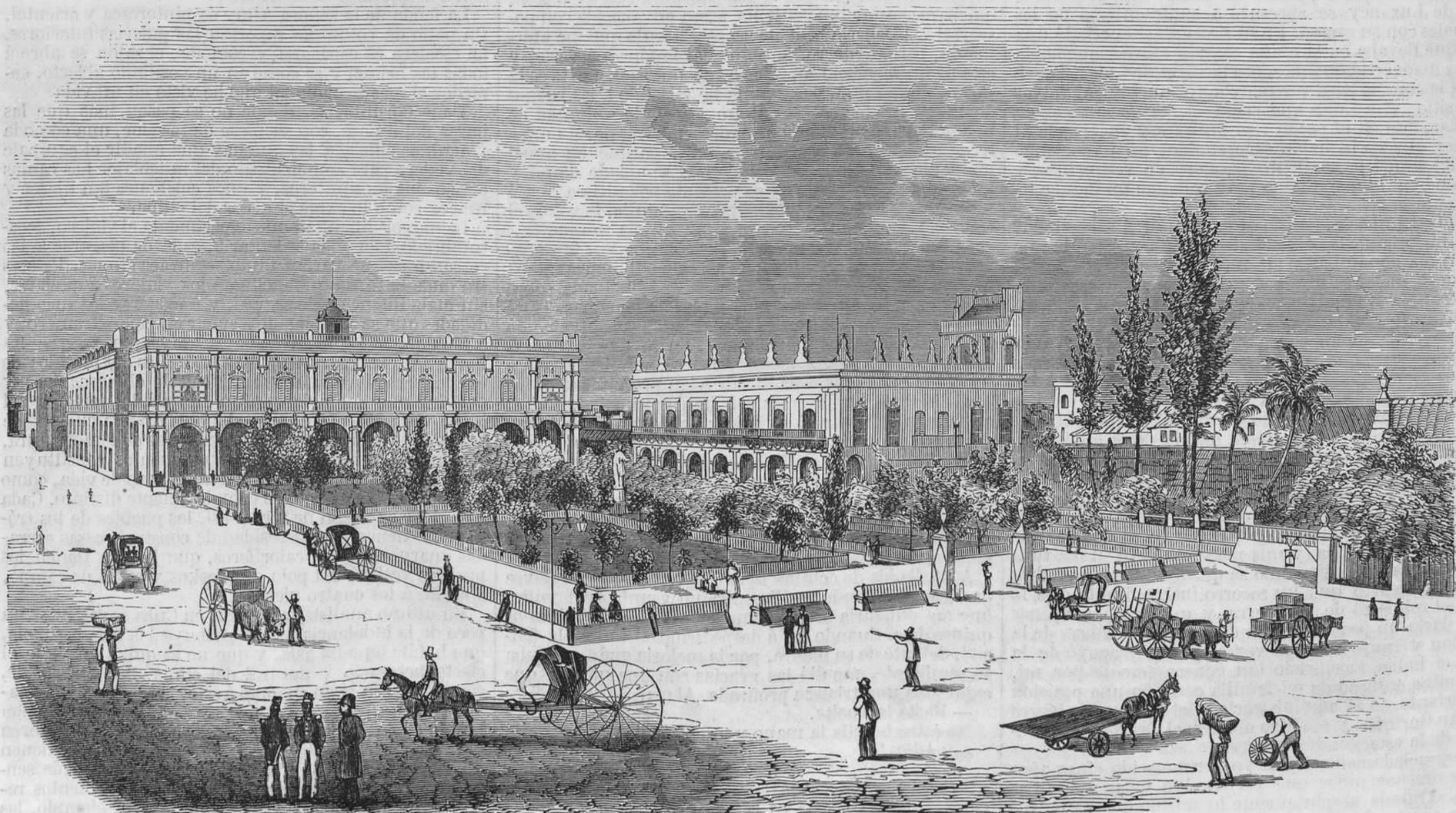
En el interior todo está abierto; el aire circula libremente, y las puertas ventanas solo tienen un pequeño compartimento guarnecido de cristales, para los momentos de lluvia ó ventolinas. Fácilmente se concebirá que no se puede estar al abrigo del polvo, con tales construcciones, y que la brisa del mar sopla como un inmenso abanico abierto sobre la ciudad en los hermosos días del invierno, que serían, sino por el polvo, los del paraíso terrenal. En verano llueve á mares, y las calles se convierten en canales navegables únicamente con carruajes. ¡Que lástima de polvo y de inundaciones!

¡Estos son los inconvenientes de la población, pero en cambio cuántas compensaciones ofrece! Indudablemente, siempre hay en todas partes muchas cosas que desear, pero cada uno ve con sus ojos, y juzga bajo su punto de vista, y el artista que viaja, y el residente, preocupado con intereses materiales, no se colocan en la misma perspectiva. Dígase lo que se quiera, yo no conozco ciudad mas encantadora por su aspecto que la Habana, ni una sola donde lo pintoresco y lo nuevo me hayan hecho olvidar mas completamente los inconvenientes que pueda ofrecer.

Las calles de la Habana ofrecen el aspecto de las ciudades meridionales;



Panadero.



La plaza de Armas ó Mayor.

bre de negocios del Norte, y el indolente y poético del hombre del Sur que no se finge caballero! Bajo las anchas alas de su sombrero, especie de marco de sus cabellos de azabache, cae anudado el pañuelo de seda que le cubre la cabeza. Su chaqueta abierta permite ver el bordado de su camisa de batista, cuyas mangas van enrolladas al rededor de la muñeca.

A la cintura suele llevar el indispensable machete. ¿Marcha á pié con sus escarpines amarillos y pantalones anchos? En tal caso, va contoneándose, con la mano al lado, y el cigarro en la boca. — ¿Es un paisano que viene de fuera? Si no va con la capa hasta los ojos, y espoleando su cabalgadura, se balanceará como la palma agitada por el viento, sobre su mula, sentado como una mujer, con la rodilla por encima de la silla. Así desfilan las gentes de todo color, desde el negro mas negro que sus botas de calesero hasta la criolla, que solo muestra su origen africano en el contorno de las uñas, y el ángulo del blanco de los ojos. Las volantas se cruzan con estrépito; los frutos de tantos colores circulan en abundancia, y entre esta multitud abigarrada, locuaz y ardiente solo se echa de ménos una cosa, la que se busca mas y se encuentra ménos; ¡las habaneras! y ardo en deseos de llegar hasta ellas despues de tantas páginas como han interrumpido mi marcha. Pero heme aquí.

Las habaneras tienen una reputacion capaz de justificar toda la curiosidad de los extranjeros; y por desgracia, exceptuadas las turcas, no hay mujeres mas difíciles de hallar y de conocer.

Bajo el punto de vista del paseante ocioso, la Habana es el antípoda de París. Si un habanero viene á pasar quince dias á París, para conocer á las parisenses, no necesita mas que tomar el aire en los boulevards, ó los Campos-Eliseos. Aquí encontrará á las horas de moda, á cielo raso, (¡demasiado tal vez!) la escala femenina, cuyos retratos han hecho profusamente escritores y artistas; porte, traje, maneras muy variadas, elegancia, todo lo verá y distinguirá, desde la gran señora hasta la griseta, aquí encontrará todos los tipos que han hecho familiares la pluma y el buril. Pero si un parisien se desembarca en la Habana, para descubrir una sola haba-

nera, le será preciso, si el teatro está cerrado, tener toda la obstinacion de un astrónomo buscando un planeta.

En efecto, una habanera no se ve jamás á pié en la calle, y esto por dos razones: la primera por no estropear andando sus delicados piecitos; segunda, porque el clima es demasiado caliente para no hacer á las mujeres perezosas. Obsérvese que la pereza, que es en el Norte una inaptitud poco laudable, en el Sur no deja de tener cierto encanto. En el centro del dia, solo se ven negros en la calle; solo de madrugada ó por la noche puede ver el extranjero habaneras; ¿pero cómo? En su carruaje, y envuelta la cabeza en esa mantilla, cien veces mas graciosa con sus misteriosos pliegues, que todos los sombreros que fabrican las hábiles modistas. La mantilla, es tan general entre las españolas, como los sombreros entre las francesas ó inglesas; adorno feliz que realza su belleza, porque la red de sus blondas no oculta ni la mirada de fuego, ni la graciosa sonrisa, ni los negros ojos, ni los nacarados dientes, y flota solamente indecisa esparciendo sombras que hacen mas hermoso su agraciado rostro. La careta tiene el privilegio exclusivo de hacer imposible la fealdad. ¡Quién ha visto jamás una mujer enmascarada sin juzgarla hechicera! La mantilla es una media careta, un terció, si se quiere, pero un terció que embellece todo lo que no deslumbraba absolutamente por su belleza al resplandor de la luz natural ó artificial.

En carruaje siempre, sea que vayan á paseo, al teatro, ó á las tiendas, en las cuales, por lo comun no entran, haciéndose traer las muestras al coche, las habaneras conservan su belleza, y la reputacion de ella, de que justamente gozan entre los extranjeros.

La actividad se despierta al anoecer, como esas flores que solo abren sus pétalos á las emanaciones de las noches, y que los cierran con una gota de rocío, cuando el sol aparece en el horizonte; dos razones he dado de la desaparicion del bello sexo durante el dia; otra hay que conviene indicar, por delicado que sea el tratarla en este lugar.

Hela aquí:

Las criollas españolas son morenas en toda la acepcion de la palabra; sus calleras son como sus ojos; lo mas negro y brillante que se pueda imaginar. Su tez es viva, como todas las encarnaciones que soportan el calor de un sol ardiente.



Los balcones en la Habana.



Una volanta habanera.

Para los europeos esto es un encanto; á ellas las desazona. Las criollas españolas ambicionan la blancura de las mujeres del Norte, sin comprender jamás la soberbia belleza de las mujeres de Ticiano; ahora bien, de todas las luces que realzan mas una tez morena, la que le da mas brillo y tono es la luz facticia de las reuniones de la noche. El teatro y los bailes son sus lugares favoritos, y tal vez esta es la razon porque un extranjero, privado de introducciones, puede solo ver allí á las habaneras.

Pero si la estacion de los bailes ha pasado, si no está abierto el teatro, el único recurso que se ofrece á la curiosidad del viajero es el de los paseos despues de puesto el sol. En el paseo Tacon, en el de Isabel segunda, tan animado en invierno en la época de las representaciones de la ópera italiana, el extranjero tiene ocasion de contemplar la seductora belleza de las habaneras recostadas en un carruaje que no dejará de causarle admiracion.

Entre el carruaje de alquiler, con su postillon mal vestido, coche estropeado, y caballo ético, y el elegante, barnizado, cubierto por todas partes de adornos de plata maciza, desde los faroles hasta el estribo, desde el bocado del caballo hasta las espuelas del cocheró, hay la distancia que separa á un simon de una magnífica carretela.

Las ruedas de este carruaje que vamos describiendo, especie de bombé, son enormes, las varas desmesuradas, y el peso de la caja, en lugar de cargar exclusivamente sobre el eje, se comparte entre las ruedas y el caballo de varas, lo cual hace que este carruaje sea penoso para los cuadrúpedos que soportan y llevan juntamente, cómodo y agradable para las personas que se hacen llevar. Cuando se enganchan dos caballerías, el postillon monta la delantera.

Las continuas lluvias del estío hacen muy útil allí esta clase de vehiculos, que de otro modo, es probable que hubiera desaparecido á influjo de la manía de variar que acosa á la humanidad, y que concluirá, al decir de algunos, por uniformarla.

Una observacion mas puede hacer el extranjero, siguiendo con la vista á las cubanas que hacen arrastrar tan muellemente su indolencia en este original carruaje.

Los orientales tienen acerca de la belleza femenina ideas singulares, y muy diferentes de las nuestras. Los criollos son orientales en este punto, y se comprende porqué, sin acudir á la teoría de Montesquieu. Véase como todo se encadena: el clima ataca la actividad; el polvo y el calor impiden la circulacion á pié por las calles; la ociosidad, que no está sujeta á las exigencias del vestido, y la costumbre del *negligé* desarrollan las proporciones orientales. En una palabra, nada contraria allí la robustez, y como la mayoría hace ley, la gordura convertida en belleza, todo la estimula y favorece.

Todos no serian quizá de esta opinion, tan contraria á nuestras delgadas bellezas de Madrid, por ejemplo, y de Paris, pálidas y transparentes por añadidura. En cambio el flamenco, el alemán, y aun el inglés hallarian la analogía sin salir de sus casas. Bajo cierto aspecto, es una fortuna que las cosas sean así; sin embargo no parece enteramente justo indicar como ley soberana esta apología práctica de las mujeres de Rubens, y mis recuerdos de la Habana protestan contra ciertas consecuencias del gusto generalmente adoptado, que relegaria al segundo rango tal belleza, que, segun las reglas del arte y del sentimiento, deberia ser colocada en el primero.

R. T.

La Bomba de Salem.

La escena pasa en la ciudad de Salem, en el esquinazo de las calles de Essex y de Washington. La máquina hidráulica habla por la nariz, y la nariz es el tubo por donde sale el agua.

¡Las doce en el reloj del Norte! ¡las doce en el reloj del Este! ¡las doce tambien en esos rayos abrasadores que me caen perpendicularmente en la cabeza! ¡Oh! mucho tenemos que trabajar los pobres empleados, y sin embargo quisiera que me señalaran uno entre todos los funcionarios que quedaron electos en el meeting de marzo, uno solo que soporte nada mas que un año, una carga parecida á la de los infinitos deberes que perpetuamente debe llenar la Bomba de Salem. De derecho me pertenezco el título de *tesorero de la ciudad*, en mi calidad de guarda del mayor tesoro que la ciudad posee, y los inspectores de los pobres deberian nombrarme su presidente, puesto que prodigo al pobre mis tesoros, sin que nada les cueste á les que pagan las contribuciones.

Yo estoy á la cabeza del ministerio del fuego, y soy uno de los médicos de la junta de sanidad. En cuanto al sosten de la tranquilidad, todos los aficionados al agua fresca confesarán que valgo mas que un agente de policia. Tambien á veces hago el oficio de pregonero, promulgando los bandos y avisos que me pegan encima. Puedo decir sin que nadie se ria que soy el personaje principal de la municipalidad, y con la circunstancia de que ofrezco un admirable ejemplo á mis cólegas por la firmeza, rectitud é imparcialidad con que llevo mis funciones, y por la constancia en no abandonar el puesto en ninguna ocasion. En estío, como en invierno, nadie me busca en vano, pues todo el

dia estoy en el esquinazo de la calle mas concurrida, á la entrada del mercado, abriendo mis dos brazos tanto al rico como al pobre, y por la noche tengo un farolillo en la cabeza para indicar que estoy aquí, y para que las gentes no metan los piés en el arroyo.

A las doce del dia, doy de beber al pobre que se ahoga de sed y de calor, á cuyo fin tengo un vasito de hoja de lata pendiente de una cadenilla, y lo mismo que el aguardiente del Mail en un dia de revista de tropas, grito á todo el mundo con voz robusta: «¡Quién quiere del rico licor! ¡del licor superfino! Aquí tengo la pura cerveza de nuestro padre Adam, mejor que todos los vinos juntos; aquí está, aquí está, beban Vds. que nada cuesta.»

Seria una lástima que todos estos gritos no me trajesen parroquianos. En efecto, ya vienen; ¡qué calor hace! Beban Vds., señores, pero sigan andando luego, para que la transpiracion no se corte. Vd., amigo mio, puede echarse otro vasito, para lavarse el polvo de la garganta, si en ella forma una capa tan espesa como la que lleva Vd. en los zapatos. Veo que ha andado Vd. hoy unas diez millas, y que usando de una laudable prudencia, no ha querido Vd. pararse en las tabernas, y únicamente se ha detenido un poco á orillas de los frescos arroyos y de las ricas fuentes. Ha hecho Vd. muy bien, porque en el otro caso, con el calor exterior y el fuego de adentro, habria Vd. podido ser devorado por las llamas. Beba Vd., y deje el puesto á ese otro pobre que reclama mi socorro para calmar la ardiente sed motivada por las libaciones de la noche pasada, libaciones en que á mí no se me ha visto el pelo. Buenos dias, rubicundo caballero, aun no hemos entablado relaciones, y mi nariz no desea ponerse en contacto con Vd. hasta tanto que su respiracion de Vd. se calme un poco. ¡Misericordia! El agua silba al pasar por su garganta de Vd. que está encendida, y se evapora en el infierno en miniatura, que Vd. llama su estómago. Beba Vd. otro traguito, y dígame Vd. si jamás ha encontrado en la taberna, donde mal gasta Vd. el dinero con que debia comprar pan para sus hijos, una bebida tan deliciosa como esta. ¡Ay! ¡hoy por primera vez al cabo de diez años se humedece Vd. la garganta con agua fresca! ¡Adios! y acuérdesse Vd. que estoy aquí á su disposicion, gratis, siempre que tenga sed. ¿Pero quién viene detrás? ¡Ay, amiguito! ¿Sales de la escuela y vienes á lavar tu bonito rostro, y á echar tambien un par de sorbos para olvidar unas cuantas palmetas? Bebe, bebe, mi agua es tan pura como tu vida: bebe, y quiera el cielo que nunca tu corazon y tu lengua experimenten otra sed mas devoradora; bebe pronto, y deja el vaso á ese caballero anciano que anda por las piedras con tantas precauciones, que se diria que tiene miedo de hacerlas pedazos. ¿Cómo es eso? Pasa adelante sin decirme nada, como si mis ofertas fuesen dirigidas solamente á los que carecen de bodega. Está bien, señor mio; me callo; saque Vd. el tapon, y desocupe la botella, pero cuando le duele á Vd. el dedo pulgar, no tiene Vd. que dar gritos: ¿qué le importa á la Bomba de Salem que le den á Vd. ataques de gota? Ese perro muerto de sed y con la lengua fuera, no desdeña mi hospitalidad, y se arroja ávidamente al pilon para refrescarse. Vea Vd. como brinca alegremente, no, á este no le dará la gota, no hay miedo.

¿Todos Vds. han bebido ya? Ea, pues, á limpiarse los labios, que, en este instante que estoy desocupada, quiero entretenerme en evocar algunos recuerdos históricos.

Hace mucho tiempo, mucho tiempo, que á la sombra de árboles seculares brotaba un manantial por entre las hojas que cubrian el suelo, en este mismo sitio en que hoy me levanto sobre un poste calcinado por los rayos de un sol abrasador. El agua era limpida y brillante como una mina de diamantes líquidos, y aun de mas valia. Desde tiempo inmemorial los indios venian á beber aquí, hasta aquellos dias en que el fatal diluvio de la lluvia de fuego cayó sobre los hombres rojos, y ahuyentó su raza entera de las orillas de la fuente. Endicott y sus compañeros que vinieron luego humedecieron muchas veces sus largas y pobladas barbas en el cristalino manantial, y es de advertir que entónces no habia mas vaso para beber que una corteza de álamo. El gobernador Winthrop, que vino á pié de Boston, bebió de esta agua en la palma de su mano, y el viejo Higginson la usó para bautizar el primer niño que nació en la poblacion.

Durante muchos años, el manantial fué la fuente y el lavadero de la comarca. Todo el mundo acudia aquí á lavarse y á contemplarse luego en el cristal de las ondas, sobre todo las niñas bonitas. Los domingos si habia algun bautizo, el sacristan llenaba aquí la concha que debia figurar en la mesa de comunión del modesto templo que se alzaba ahí donde está ese hermoso edificio. Así, pues, esas aguas sirvieron para hacer entrar en el gremio del Señor á muchas generaciones sucesivas, y los hombres proyectaron sus sombras grandes y pequeñas en un espejo, para desaparecer poco despues, como si la vida humana no fuese mas que una imagen fugitiva en una fuente. Por último, la fuente desapareció tambien, se hicieron cuevas por todas partes, y se echaron carretadas de piedra y arena sobre el manantial, de donde salió un arroyo que formó una charca de fango en la enercujada de dos calles. Durante los calores del estío, cuando mas se necesitaba su frescura, el polvo volaba en remolinos sobre la cuna abandonada de sus aguas, que se habia vuelto tambien en sepulcro. Poco tiempo despues, se plantó un cuerpo de bomba en el manantial, y luego otro, y luego otro, hasta que me llegó mi vez, señores y señoras, y desde

entónces estoy aquí para servir á Vds. con mi vasito de hoja de lata. Refrésquense Vds.; el agua es tan pura y fresca como la que apagó la sed de los primeros indios á la sombra de los antiguos árboles, aunque la perla del desierto se halla hoy enterrada bajo este empedrado ardiente, y sin otra sombra que la de esas casas de ladrillo. Sirva eso de moraleja á lo que he dicho. Lo mismo que este manantial largo tiempo olvidado y perdido ha recobrado por último su importancia y valor, así las virtudes del agua fresca, desdeñadas desde muy antiguo, recobraron un dia su absoluto imperio.

Disimúlenme Vds., señores, pero tengo que interrumpir el curso de mi elocuencia para llenar de agua mi pilon, pues veo venir un carretero con dos pares de bueyes procedentes de Topsfield ó de sus cercanías. Nada me agrada tanto como dar de beber al ganado. Vean Vds. con cuánta rapidez los pobres animales hacen bajar el nivel del agua del pilon; cada estómago de esos se traga una ó dos cubas. ¡Con cuánta calma y satisfaccion aspiran el líquido! Ya vuelven sus apacibles miradas: ¡ah! el buey es el mejor bebedor que se conoce.

Pero noto, queridos oyentes, que esperan Vds. con impaciencia el fin de mi discurso. No achaquen Vds. á falta de modestia el que insista tanto sobre el punto de los muchos méritos que tengo contraidos. Todo lo que digo es para bien de Vds.; y cuanto mas lisonjera sea la opinion que Vds. tengan de mí, tanto mejor se encontrarán Vds., hombres y mujeres. Nada diré de mi utilidad en los dias de legía, aunque por esto solo merezco el título de bienhechora de mas de cien familias. Léjos de mí la idea de hablar de la grasa que cubria la fisonomía humana, sin el trabajo que me tomo de limpiar á todo el mundo, y no quiero vanagloriarme de mis servicios cuando por las noches las campanas de la ciudad tocan á fuego, y yo estoy aquí firme en medio de la confusion dispuesta á agotarme para apagar las llamas. Tampoco me detendré en enumerar los títulos que poseo, tales como el de doctor en medicina, aunque yo por mí misma valga mas que toda la ciencia nauseabunda que desde los tiempos de Hipócrates ha matado á tantos infelices. Examinemos bajo un punto de vista mas general los beneficios que ejerce mi influencia sobre el género humano.

No, todo eso no es nada en comparacion de los méritos que los sabios me reconocen, sino por mi humilde persona, á lo ménos porque me consideran como el principal instrumento de reforma de nuestra época. Por mi boca, y por otras como la mia, debe correr el rio que limpiará nuestra tierra de la mayor parte de sus dolores y de los crímenes nacidos de los alambiques por donde se destila el agua encendida. Mi principal auxiliar en esta grande empresa será la vaca, el agua y la leche: la BOMBA y la VACA. Esta es la gloriosa sociedad que acabará con las fábricas de aguardiente y de cerveza, que arrancará las viñas de raiz, que inutilizará los lagares, que arruinará el comercio del té y del café, y que tendrá en fin el monopolio de apagar la sed del género humano. ¡Oh, consumo dichoso! Entónces desaparecerá de la tierra la pobreza, porque no hallará una choza bastante miserable para abrigar su cuerpo grasiento. Entónces la enfermedad, á falta de otras víctimas, se roerá el corazon, y morirá, y entónces el pecado, si no muere, perderá á lo ménos la mitad de su fuerza. Hasta ahora ha carcomido las entrañas del género humano una fiebre hereditaria, transmitida de generacion en generacion, ardiendo siempre en líquidas llamas, pero cuando se apague ese fuego interior, el ardor de la ira tendrá que calmarse, y la guerra, esa embriaguez de las naciones, cesará quizá su interminable serie de desastres. Por lo ménos, puede decirse que desaparecerá del seno de las familias; el marido y la mujer bebiendo en paz una pacífica alegría, la tranquila felicidad de un amor moderado, se amarán toda su vida, y no se separarán sin sentimiento cuando llegue la muerte, que vendrá mas tarde que en el dia. Para ellos, el pasado no será una confusion de sueños insensatos, ni el porvenir será tampoco una eternidad de momentos parecidos á los que siguen el delirio de la embriaguez. La sonrisa de recuerdo y de esperanza que se verá en sus rostros despues de muertos, manifestará lo que fué su vida y lo que será la eternidad.

Pero me seco hablando tanto, sobre todo cuando no estoy ducha en el oficio de orador. Hasta hoy no he conocido el oficio á que se resignan en mi favor los predicadores de la sociedad de temperancia. En adelante dejaré que hablen ellos solos. Por piedad que venga un buen cristiano á sacar un poco de agua por mi conducto para humedecerme la garganta. Muchas gracias, caballero; cuando, gracias á mi influencia, se haya regenerado el mundo, todos traerán aquí sus pipas y tinajas, que arderán en una inmensa hoguera con lo que tienen dentro; y cuando mi cuerpo se gaste, como tantos otros que me precedieron, si Vds. estiman mi memoria mandarán construir aquí una fuente de mármol ricamente esculpida, para que me reemplace. Nunca estarán de mas los monumentos de esta especie, pero se deberia grabar en ellos los nombres de los campeones que mas se han distinguido por mi causa. Ahora, díganme Vds. bien, porque voy á decir una cosa de suma importancia:

Tengo dos ó tres buenos amigos (sé que son honrados y sinceros) que, sin embargo, á causa de su genio disipador, me hacen correr el riesgo de que me rompan las narices, aun todo el cuerpo, lo que traeria consigo la pérdida del tesoro que encierro. Suplico á Vds. que se corrijan de un defecto como ese: ¡creen Vds. que está bien embriagarse de celo por la temperancia, y de-

fender la buena causa de la Bomba de Salem con el estilo de un borracho que defiende su botella? ¿O sucede acaso que no pueden demostrarse de otro modo las excelentes cualidades del agua fría, sino sumergiéndose en el agua caliente, y calentándose á sí mismo y á los que están delante? Eso no es cierto. En la guerra que deben Vds. emprender, y que deben sostener toda su vida, no pueden Vds. elegir un ejemplo mejor que el mío; nada me ha incomodado nunca mas que el polvo, sin que el tumulto y la confusion de la gente que me rodea hayan logrado interrumpir el sosiego y pureza de este manantial que puedo llamar mi alma; y cuando vierto mi alma fuera, es para calmar la fiebre de la tierra, ó para lavar sus manchas.

¡La una! ¡Ah! si tocan á comer, debo callarme. Aquí llega una preciosa jóven que conozco con un cántaro que yo debo llenar. Quiera Dios saque un esposo con el agua, como Raquel. Ten bien tu cántaro, hija mía: ya está lleno, corre á casa mirando por el camino tu suave imagen en mi cristal, y no olvides cuando bebas un vasito de mi licor el echar un brándis á la BOMBA DE SALEM.

NATHANIEL HAWTHORNE.

Una velada en Triana.

Era la víspera del 26 de julio, día de la señora Santa Ana, patrona del barrio de Triana en Sevilla, cuya poblacion parecia bajar en masa á rendir su homenaje á la abuela del Redentor, cruzando el vetusto puente de diez barcas, que con sus oscilaciones sube orgulloso en las crecidas y se humilla dócil en la calma hasta el abismo de las aguas. Sus banderas y gallardetes, sostenidos por las figuras de los emperadores y reyes que sucedieron á Trajano, de quien es fama nació Triana, heredera de la famosa Itálica; los pabellones y banderas que izan los buques, surtos en el puerto; la animacion de las gentes que en tropel atraviesan el puente, la premura con que otros flotan lanchillas para surcar mas pronto el Guadalquivir, y la hermosa perspectiva que desde el centro del puerto presentan ambas orillas colmadas de pueblo, que ó quieren embarcarse ó gozar de ese panorama que se presenta á su imaginacion, forman una pintura vespertina, cuyo interés crece por momentos, segun la noche se acerca. Por un lado se presenta la erguida torre del Oro, testimonio de la antigüedad y de la historia contemporánea del real alcázar, desde el cual se comunicaba á aquella por una magnífica galería cerrada, igual á la que principia en su recinto actual, y cruzando por la puerta de Jerez se enlazaba con la torre, á la cual venian los reyes moros á flotar sus galeras y vigilar sus aguas. D. Pedro y doña María Padilla posteriormente á exhalar los suspiros de sus amores, y D. Carlos V y sucesores á esperar las flotas, cuyos productos la dieron otro nuevo nombre. Aislada hoy y elevada entre hermosos paseos, todavía conserva su belleza y nombradía, y si bien ni albergar reyes ni tesoro, permanece de enseña de los navegantes, de consuelo á los enamorados, y de recreo á los amantes de las glorias sevillanas. Situada en la misma márgen del Bétis, asemeja una diosa circundada de diversidad de naves que apuestan elevar sus pabellones y banderines á la altura de sus almenas, y siempre quedan mas bajas que el erguido castillo de los moros.

Por el lado setentrional del puente se divisa la extension del rio, que dobla á la vista de una cordillera sembrada de olivares y viñedos, entre los cuales se nota la blancura de sus pueblos y la belleza de sus torres árabes. Descuella á corta distancia la Cartuja de las Cuevas, antiguo monasterio, cuya iglesia guarda los sepulcros de los duques de Alcalá, con multitud de mármoles y jaspes que constituyen un museo de preciosidades. Hoy se ostenta allí la fábrica de loza, cuya hermosura ha competido con la inglesa; abastece ya á toda España, y ha creado en otras provincias esta fabricacion, casi desconocida anteriormente.

Nada mas atractivo que la travesía al hermoso barrio de Triana por su puente de barcas; las vistas que le circundan, el bamboleo de aquellas al sentir el peso de las gentes y los carruajes, la suavidad de su pavimento, los asientos laterales en las proas y popas de las barcas, el ruido y bullicio del pueblo, y el sonido de las olas, forman un conjunto difícil de describirse. En la víspera de su patrona se halla tambien rodeado de vendedores que embellecen su tránsito, y que siguen á uno y otro lado en hileras iguales por la calle Larga, y cuatro laterales hasta llegar á la parroquia de Santa Ana.

Confúndense en su templo las gentes, las edades y los sexos: la risueña y agradable sevillana, con su larga y tendida mantilla, su vestido negro henchido por su mirriñaque, y su ajustado y apuesto calzado, único resto de su antiguo traje; la graciosa y voluble gaditana, con su vestido mas ceñido y ostentador de sus contornos; las serranas, enjaezadas con sus perlas y collares, desfigurando con la imitacion de las modas de las ciudades, la hermosura que poseerian superior á la de aquellas; las cigarreras, multitud baja de Sevilla, con sus trajes de moda, con pañolón en todo tiempo, puesto con tal arte que nada tape; pero conservando los antiguos adornos de cabeza y calzado, que tanto embellecian á las andaluzas; las gitanas, en fin, de color de cobre, nariz aguileña, cara larga y expresiva, ojos rasgados y centellantes, su pañuelo terciado y su brazo en jarras; el señorito andaluz, con bigote y perilla, pecho alto, presencia erguida y traje soberbio; el sevillano con

su marsellés madrileño de alamares de plata, su pantalón corto, su botín ondulado y su sombrero enmadrinado de terciopelos; el jerezano, descubriendo su esbelta forma con el pantalón de punto azul y bien ajustado: el gaditano, casi dispuesto á presentarse en la lid á menudear el vicho; el gitano, con su ropaje variado, sus formas decaídas, su limpieza bien diferente á la de ellas, y su mirar sagaz y avizor; todos allí deponiendo su genio, gracias y carácter, rinden su gratitud á la santa patrona que celebra la antigua Triana.

Habia ya acabado el predicador su sermón, en que despues de enumerar la antigüedad del culto que á nuestra señora Santa Ana profesa el arrabal de Triana, igual á la de este, que considero mas antiguo que Sevilla, y que conoció la gloriosa Itálica, madre de emperadores romanos, con la que parte su fama, atribuyéndose serlo de Trajano, vino á referir los beneficios que la patrona ha hecho repetidamente á los 15,000 vecinos de Triana, y especialmente los milagros obrados en la inundacion del Guadalquivir de 1626, en la peste de 1673, en los terremotos posteriores en que hasta la Giralda se bamboleó, y en la arriada de 1796, concluyendo con los favores que tiene prodigados á sus devotos feligreses. Una gran orquesta de innumerables voces y escogidos instrumentos henchió las naves del templo, y dejó oír los cantos y composiciones con que un día enriqueciera á Sevilla el ya célebre maestro Esclaba, que llenó de discípulos su patria, y á su nacion de fama musical. Al salir del templo cubria ya el horizonte el crepúsculo con que el astro solar se despide de los mortales, y estos parecia que le disputaban sus resplandores con otros que su genio hacia suplir á la falta de aquel, al cual, si bien no podian reemplazar, lograban al ménos deslumbrar su vista con tan radiantes y multiplicadas luminarias.

Las hileras de puestos mercantiles, simétricamente colocados en las anchas calles que hemos referido, aparecen con su candilón colgado en alto delante de su mercancía, despidiendo fragante llama; y la multitud y armonía de estas, la dilatada vista que á lo largo presentan y la extraordinaria perspectiva que á bastante distancia ofrece, son pinturas mejor para concebidas que para descritas. Despues de recorrer en esta forma las tres mas anchas y hermosas calles de Triana, otro panorama mas variado deleita la vista y presta en aquel día un ornamento á Sevilla y su arrabal. La calle Larga del muelle, iluminada del mismo modo por sus ambulantes mercaderes, refleja sus resplandores sobre la corriente del Bétis, en cuyo seno se ven brillar los mismos fulgores de su orilla, formando la mas deliciosa perspectiva que imaginarse pueda. Allí los turrónes y jaleas de todas clases y países, el cascajo que tanto se encomia en navidades, las frutas y dulces de todo género y estaciones, y el arroz con leche en grandes fuentes vendido por menor, colocado todo en blancos y hermosos manteles y con la mayor limpieza, son objetos tan dignos de notarse, como la multitud de gitanas que con sus sartenes y barreños fabrican redondos, nutridos y pequeños buñuelos, con que convidan á los transeúntes ofreciéndoselos en bancos, de que se hallan graciosamente rodeadas. Vestidas de blanco las hijas de Egipto, con sus aderezos, zarcillos y pulseras, pregonan el precio de su fabricacion, interin las mas jóvenes, interpoladas en el paseo, convidan á los transeúntes con las mas almibaradas frases: « Zaleroso, ¿no toma V. para estas bellas ninfas una librita de buñuelos? » « ¿ Hermosa mía, no conquista V. á ese alma de Dios, para que la regale un par de libritas? » Y no deja de ser frecuente, que abrazando á los convidados, los conducen á los bancos de su deidad, entre la algazara de los concurrentes, estando bien recibido aun de las personas de tono.

La vista del puente iluminado es el objeto principal de adorno de la festividad. Una fila de faroles á nivel de la barandilla del puente, otra de color en las guarnaldas, suspendidas sobre él, y otra en la bandera de cada uno de los diez barcos, forman una luminaria brillante, de mucha simetría y de gran efecto. Empavesada cada barca con mas de cien farolitos entre gallardetes y banderolas, elevando á proa y popa su bandera nacional, sin contar las luces simétricas de las barandillas, reflejan miles de luminarias, colocadas en armonía, una brillantez capaz de eclipsar la del mismo sol. Pasado el puente se presenta al mejor punto de vista de todo aquel sorprendente cuadro, desde la alameda de Sevilla. Una enorme y brillante ascua parece el arrabal de Triana; ó un volcán cuyo cráter es todo Triana, y cuya lava se vierte á la misma puerta de Sevilla.

Eran las nueve de la noche, hora propia de gozar la velada. Las gentes que volvian de la festividad religiosa cedian el lado izquierdo del puente á los que de la ciudad bajaban á la fiesta nocturna. Estos, reunidos en familias, unos con guitarras, otros con flautas ó violines, y algunos formando orquesta, mostraban en su traje ligero, blanco las mujeres, y chaqueta y chambergo los hombres, que llevaban tela cortada para no volver en toda la noche; algunos traian en cestos la prevencion ventricular, otros la buscaban en los refinados y montañeses, y no pocos, ya prevenidos, solo esperaban la buñolada con que todos concluirian su empresa.

Apostándose cada círculo en las plazas ó calles anchas, ó en las orillas del Bétis, atronaban los aires con sus músicas, sus alborotos, sus cantares y sus gracias, y la media noche se deslizaba entre el estruendo de las bacanales. Llegaba ya la hora del pueblo egipcio, y cada puesto de las gitanas se veia rodeado de los adoradores de ellas y sus buñuelos, que sentados en círculos y cuadros animados, discurrían acaloradamente sobre las

bellezas de la naturaleza. La alegría, el alborozo y la confusion llegan á su término, y las caras mitades de aquellas diosas, que no habian dejado verse ántes de hora tan avanzada, descienden á manadas de sus albergues setentrionales de Triana. Á la vista de los gitanos toman mas cuerpo los bailes, músicas y canciones que ellos animan; nadie guarda ya su puesto, todos se confunden; las gitanas levantan sus campamentos, se surra la falta de pañuelos, abanicos, sortijas ó algun reloj, si habia allí quien lo llevase; y se escurre toda la concurrencia, desapareciendo como el humo, y quiera Dios que sin dejar algun rastro de sangre humana.

Repléganse los que no han quedado derrotados á las casas particulares de Triana, en las que prosiguen los vinos y saraos, los dulces y refrescos, el vino, el gazpacho y los buñuelos hasta hacerse de día, en que cada uno prepara á su cuerpo el descanso que mas le conviene.

Otra vez se reproduce la misma fiesta día y noche del siguiente, en que se obsequia á la santa patrona, y en que el barrio de Triana pone en circulacion muchos miles de reales; siendo esta velada la mejor, mas lucida y celebrada de las de Sevilla.

JUAN MIGUEL DE LOS RIOS.

El tiempo y la cuenta

SONETO.

Pídemelo de sí mismo el tiempo cuenta,
Si á darla vey, la cuenta pide tiempo;
Que quien gastó sin cuenta tanto tiempo,
¿Cómo ha de dar sin tiempo tanta cuenta?

Tomar no quiere el tiempo tiempo en cuenta
Por no haber hecho yo la cuenta en tiempo,
Que el tiempo tomara en cuenta al tiempo
Si en la cuenta del tiempo hubiera cuenta.

¿Qué cuenta ha de bastar á tanto tiempo?
¿Qué tiempo ha de bastar á tanta cuenta?
¡A quien sin cuenta vive falta el tiempo!

¡Y yo estoy sin tener tiempo ni cuenta,
Sabiendo que he de dar cuenta del tiempo,
Y que ha llegado el tiempo de la cuenta!!

La secta de los Mormons en los Estados Unidos.

Entre los prodigios mas señalados de nuestro siglo XIX, figura en primera línea el nacimiento, desarrollo y vuelo que ha tomado la secta de los mormones en los Estados Unidos.

Mucho se ha hablado ya de la iglesia de los mormones, del campesino del Vermont, llamado José Smith, que fué su fundador. Todo el mundo sabe, en efecto, que el mormonismo, que al principio no contaba mas que con unas seis personas, fué tomando poco á poco una vasta extension; que los jefes de la secta se establecieron con su comunidad en el Ohio, luego en el Missouri, luego en el Illinois, donde murió José Smith el 26 de junio de 1844; y por último que arrojados del Illinois, atravesaron el desierto y alzaron sus tiendas á orillas del gran lago Salado, en los confines de la California.

Allí están establecidos hoy en la poblacion que ellos mismos han fundado, y que llaman la ciudad de Deseret, lo que en su lenguaje quiere decir *abeja*. El templo que están construyendo en el día será una maravilla por su riqueza y esplendor. Tambien construyen una universidad; tienen escuelas, publican libros y periódicos para esparcir sus doctrinas, tienen poetas que cantan sus alabanzas y celebran la gloria de sus mártires, y por último poseen un gobierno reconocido por el Congreso, y que administra, segun dicen, con mucho tino. Además de la ciudad de Deseret, se ven aun en aquel desierto otras seis poblaciones salidas de la tierra, gracias á su incansable actividad, algunas de ellas situadas á mucha distancia de la metrópoli, y escalonadas para poner en comunicacion la ciudad del lago Salado con las orillas del mar Pacífico, donde se embarcan los misioneros que van á predicar por la Europa y por el Asia el nuevo Evangelio. A estas misiones consagran cuantiosas sumas de dinero, y es sorprendente el número de prosélitos que han hecho ya, sobre todo en Inglaterra y en Dinamarca; en este último punto está traducida en danés la Biblia de los mormones.

Quizás otro día daremos mas pormenores sobre su establecimiento en el lago Salado, indicando su forma de gobierno teocrático, su carácter y costumbres, segun las últimas observaciones de los viajeros; pero hoy nos limitaremos á dar una idea de sus creencias religiosas, y hablaremos con particularidad de su famosa BIBLIA, que es el arsenal que encierra la provision de todas sus extravagancias. Sin embargo, aunque sus doctrinas se prestan á la burla, los mormones son un pueblo tranquilo, prudente y laborioso, y muy laudable por el buen orden que ha sabido establecer en la comunidad. Hay muchos que niegan estos hechos diciendo, que el Deseret es una horrible caverna de gente de mala vida,

pero ¿quién está exento en el mundo de la calumnia? Lo que ha provocado mas ataques, ha sido su sistema de las *mujeres espirituales*; un periodista americano se ha atrevido á estampar, que el presidente actual de la comunidad, M. Brigham Young posee él solo *noventa mujeres*, á lo que contestó otro escritor diciéndole, que no tenia mas de setenta, cuando está averiguado que Brigham Young no ha tenido mas que una sola mujer en su vida. Es cierto que ha dicho en el púlpito las siguientes

palabras: «Desafío á que me prueben con la Biblia que no tengo derecho para tomar el número de mujeres que me parezca;» pero no por eso es ménos verdad lo que dejamos dicho mas arriba.

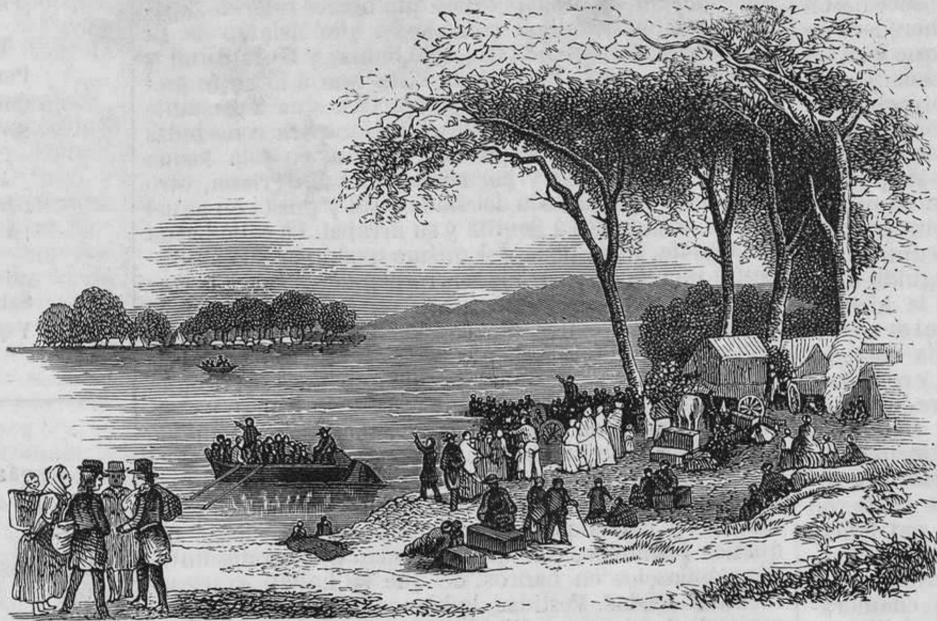
M. Stansbury, en su libro de viajes, asegura que entre los mormones existe la poligamia; cada cual puede tomar cuantas mujeres quiera, pero necesita para cada enlace el consentimiento del presidente, y las uniones contraídas de este modo dan á la última esposa los mismos derechos que posee la primera, que se casó legítimamente. Además, las mujeres no habitan juntas en un harem como en Oriente, sino que cada una tiene su domicilio propio. «No hay ninguna sensualidad en tales uniones, dice nuestro viajero; al contrario, esa idea les repugna; lo que únicamente hay, es que quieren fomentar rápidamente una generacion santa para el Señor, que funde su reino sobre la tierra. En sus casas observan la mas rigurosa castidad, y aseguran

que si un dia llegan á tener facultad para hacer por sí mismos sus leyes civiles (lo que sucederá cuando se verifique su anexion á los Estados Unidos), castigarán el adulterio con penas severas... hasta con la muerte. El sistema de los mormones es muy diferente de lo que yo me habia imaginado. Hallé la paz y la armonía allí donde pensé encontrar celos mezquinos, envidia, y continuas disputas.»

Los mormones (ó los santos de los últimos dias, como ellos se intitulan) pertenecen simplemente á la secta de los *milenarios*, esto es, á los que aguardan la realizacion del reinado de mil años, predicho por san Juan en el Apocalipsis. También tienen algunos puntos de contacto con los anabaptistas, porque segun uno de sus principales dogmas, el bautizar á los niños es un acto impío, y este sacramento no debe administrarse mas que á los adultos. Los mormones han instituido un bautismo para los difuntos, que puede compararse á las misas por el reposo de las almas en la religion católica. Se figuran á Dios como un



Salida de los Mormones del Estado del Illinois.



La caravana pasa el Misissipi.



Ataque de los Indios bravos.

ser material, con un cuerpo sujeto á las pasiones, habitando en el cielo en una gran ciudad con casas y calles parecidas á las de nuestro pobre globo. Su hijo Jesus tiene una residencia particular; come y bebe como un simple mortal, y le sirven lacayos con librea, y aun negros con cabellos crespos, sin contar las infinitas legiones de ángeles y querubines. Todos los que quieran disfrutar de las felicidades del reinado de mil años, que no tardará mucho en realizarse, deben hacer estas tres

cosas: 1ª dejarse bautizar por segunda vez; 2ª entrar en la comunidad mormona; y 3ª no reconocer otra autoridad eclesiástica y civil que la establecida por J. Smith, confiada como lo está á una clase privilegiada de sacerdotes del orden de Melchisedech. Cuando el número de fieles sea bastante, Dios llamará á las diez tribus de Israel, cuyas huellas se han perdido ya, y estas construirán de nuevo el templo de Jerusalem. Habrá naturalmente grandes batallas, pero siempre Israel saldrá triunfante, y no habrá mas que un solo reino en Europa y en Asia, el reino de mil años. Amen.

Para que llegue pronto este feliz momento, hay que leer constantemente cierto libro que se llama el *Libro de Mormon*, que, segun dicen los partidarios de la secta, es el libro donde el Eterno ha consagrado las verdades celestiales, es la Biblia, pero la única válida y verdadera. El origen de este libro, de una divinidad tan equívoca, es uno de los hechos mas curiosos de la historia mormona.

En 1761 (pronto hará un siglo), nació en los Estados Unidos, en el Estado de Connecticut, un hombre llamado Spalding, cuyo nombre estaria hoy completamente olvidado, sino figurase en ciertos acontecimientos célebres desde la muerte del susodicho personaje. Dejarémos á un lado los pormenores sobre su infancia y juventud, y pasaremos á decir que mostró la mayor afición á las empresas comerciales, pero por desgracia salió mal en casi todas las que intentó, que no fueron pocas. Por fin se fijó en Connecticut, en el Ohio, donde estableció una fundación, pero como sus ocupaciones le dejaban muchas horas libres, se dió á escribir una novela histórica sobre las tribus primitivas de la América, y él puso este título: *el Manuscrito hallado*. En este libro pretendia que los indios del Nuevo Mundo descendían de los hijos de Israel, y contaba sus peregrinaciones desde su salida de la Tierra Santa hasta el desembarco en las playas americanas, con todos los males que habian debido sufrir, los combates, privaciones, etc., etc. Cuando es

taba trabajando á esta novela, en que fundaba las esperanzas mas quiméricas, Spalding hizo quiebra, y tuvo que fugarse á Pittsburgh con su precioso manuscrito en el bolsillo, que ofreció allí al impresor Lambdin, el que lo guardó, pero sin querer darlo á la prensa. Spalding murió en 1816 en la ciudad de Amity, y algunos años despues quebró el mismo Lambdin. — Hacia esa época, vivia en Pittsburgh un sujeto llamado Sidney Rigdon que habia probado un poco de todos los oficios. Cajista en su principio, habia entrado á formar parte de una de esas sociedades religiosas que tanto abundan en los Estados Unidos, cuya sociedad le confirió el empleo de predicador ambulante, pero esta mision no hubo de gustarle mucho, y en 1823 se retiró á Pittsburgh como para dedicarse al estudio profundo de la Biblia. Ambicioso y sabiéndose acomodar á las circunstancias, no retrocedia ante ningun medio para lograr sus fines. Lambdin y él se hicieron muy amigos. — Dícese que despues que Lambdin se declaró en quiebra, se puso á examinar la coleccion de manuscritos que poseia, con el objeto de intentar una especulacion de imprenta. En efecto, el que mas le llamó la atencion fué el manuscrito de Spalding, que presentaba además la ventaja, de que el autor no le reclamaria ya ningun derecho. Se supone que entregó la obra á Sidney Rigdon, para que la arreglase á su manera, y á este se le ocurrió el transformarla en un libro religioso. La empresa era audaz hasta lo sumo; convertir en un libro de devocion una novela! Es cierto que con esa metamorfosis, la obra se venderia mejor, pues los americanos se dejan seducir con facilidad por todo aquello que lleva el sello de la exaltacion y del misticismo. Pero entretanto murió el impresor Lambdin, y Sidney Rigdon, único dueño ya del *Manuscrito hallado*, fijó su residencia en Mentor, pequeña poblacion del Ohio, donde creó una comunidad en cuyo seno predicó las mismas doctrinas que un mensajero celestial habia revelado á J. Smith. Los dos impostores se pusieron de acuerdo, y quedó decidido que Smith, conocido ya por sus prácticas supersticiosas y sus relaciones con los espíritus, daria su nombre al manuscrito de Spalding, que habia de llamarse la Biblia de la nueva religion que Smith habia querido inau-



Campamento de los Mormones.

El que así habla es José Smith: ¡el egipcio reformado! ese idioma grotesco que tantas dificultades habria suscitado entre los académicos, no tuvo ninguna para el profeta Smith que, segun dicen varios criticos, léjos de conocer lenguas extranjeras, ignoraba hasta el inglés, que era la suya propia! Pero no solo Smith y unos pocos privilegiados poseyeron este don de las lenguas, sino que todos los mormones tuvieron su parte, como que el Espíritu Santo bajó á ellos, y esto no fué una comedia de algunas horas, sino que la farsa duró muchas semanas.

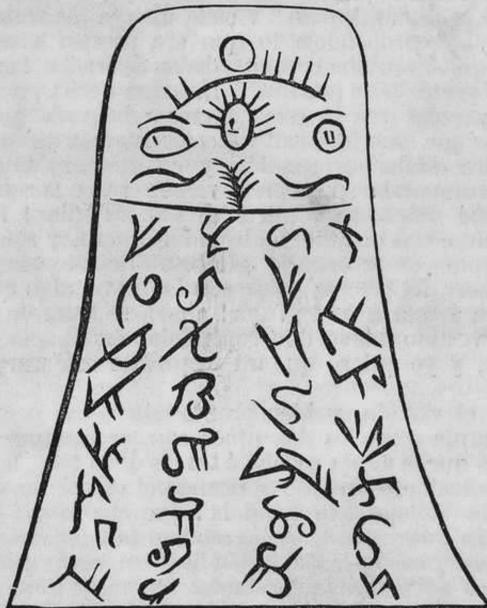
El Libro de Mormon, que es un grueso tomo en 8º, edicion compacta, lleva bajo el título en la portada: « Escrito de mano de Mormon, en láminas sacadas de las de Nefi, traducido en inglés por J. Smith. » Este Nefi era un profeta que se fué de Judea al Nuevo Mundo con sus hermanos, entre los que se hallaba Laman, reinando Sedecias. En el Nuevo Mundo halló ruinas que atestiguan la existencia de un pueblo anterior; en efecto, despues de la dispersion de los hombres en la torre de Babel, la familia de Jared, mediante la voluntad de Dios, se fué á establecer en el Nuevo Mundo, y dió nacimiento á un pueblo cuya historia escribió el profeta Ethner. Nefi halló estos anales y los continuó, y dió origen á una tribu considerable, los néfitas, raza piadosa, amiga de la paz, y muy diferente de los lamanitas, que eran un pueblo impio y perverso. Por eso Dios en su cólera los volvió negros de blancos que eran ántes, y estos fueron los primeros negros que han existido; pero se arrepintieron, y Dios les restituyó su color primitivo.

Luego fueron los néfitas los que abandonaron las vias del Señor, pero no se dice si el Omnipotente les impuso el mismo castigo que á los otros. Posteriormente, los néfitas residentes en el Norte se hicieron enemigos de los lamanitas establecidos en el Sur, y tuvieron una reñida batalla junto al istmo que hoy llaman de Darien, batalla tan encarnizada, que ni un solo combatiente quedó para contarlo. Pero miento; quedó el profeta Mormon, el que habia continuado los anales de Nefi; pero como estaba solo, y por consiguiente se aburría en extremo, se dió prisa á desaparecer del mundo, despues de haber ocultado en las entrañas de

gurar hacia ya mucho tiempo. Y este es el método de fabricar un Evangelio con una mala novela, en un país cuyos habitantes se lisonjean de poseer en grado eminente un espíritu práctico y positivo.

El Libro de Mormon se publicó en 1830 con el título de la Biblia de oro, obteniendo desde luego el mejor éxito. La gente se le arrancaba de las manos, pero quien mas se extrañó de todo esto fué la viuda de Spalding, que reclamó diciendo, que aquella Biblia no era mas que una novela escrita por su marido, á quien repetidas veces habia oido leer algunos fragmentos de ella. El hermano del autor reclamó tambien, invocando el testimonio de Enrique Lake, socio de Spalding, y de muchos habitantes de Connecticut, que todos patentizaron el fraude. Sin embargo, por mas que hicieron no lograron nada; el libro circulaba en crecido número de ejemplares, gracias á la credulidad de un neófito, Martin Harris que, creyendo obedecer á la voz de Dios, suministró los fondos necesarios para la impresion (3,000 dollars).

El Libro de Mormon (página 474) contiene estas palabras: « Hemos escrito estos anales en caracteres que nosotros llamamos el egipcio reformado, que nos ha sido transmitido, y que hemos alterado segun nuestra lengua. »



Tipos de letras del egipcio reformado.



Moneda acuñada por los Mormones.



El bautismo entre los Mormones.



La confirmacion.

la tierra los preciosos anales que Smith debía hallar un día, en los tiempos señalados por los profetas, esto es, en el siglo XIX.

Por lo demás, si los hijos de Laman y los de Nefi sucumbieron, no fué por falta de advertencias; pero ellos cerraron los oídos á los profetas que Dios les enviara, y su incredulidad fué causa de su ruina.

Tal es en substancia el contenido de ese famoso libro, sobre el cual nos abstenemos de todo comentario, en atención á que el lector sabrá apreciar como es debido semejantes absurdos.

Refranes rusos

TRADUCIDOS DEL FRANCÉS POR F. G.

Un camino para el que huye, ciento para el que persigue.
 Un bocado para el hambriento es un buen trozo.
 A buena cabeza cien brazos.
 Con un pedazo de pan se puede hallar el paraíso debajo de un pino.
 Aunque llegues á tener un siglo no dejes nunca de aprender.
 El pan y la sal no riñen.
 Buen silencio vale mas que mala disputa.
 Mide cien veces y no cortes mas que una.
 No se muere mas que una vez, pero de esa no se escapa.
 No se plantan ni se siembran locos: nacen de por sí.
 El herrero lo primero que hace son pinzas para no quemarse.
 No caminos bamboleándose, ni rodando, ni de lado.
 Juego de gatos, llanto de ratones.
 Donde va la aguja sigue el hilo.
 En el banquete y en la taberna sobra de amigos.
 Da de comer con la cuchara, y saca los ojos con el mango.
 Siempre es día feriado para el perezoso.
 Mas vale andar cojo que estar siempre sentado.
 Mientras menos ejerces la lengua mas ejercerás el oído.
 Suaves palabras suelen romper huesos.
 Un necio tira una piedra al mar, y cien cuerdos no la pueden sacar.
 No se mantienen ruiseñores con cuentos.
 Todo es amargo para quien en la boca tiene hiel.
 Pan en viaje no aumenta la carga.
 Si quieres comer pan no te cruces de brazos ante el horno.

La estatua de nieve,

CUENTO AMERICANO, POR NATHANIEL HAWTHORNE.

Después del mediodía de un día glacial de invierno, el sol brillaba pálidamente después de una larga tempestad, cuando dos niños pidieron á su madre permiso para ir á jugar sobre la nieve que acababa de caer. El mayor de estos niños era una niña, á la cual llamaban Violeta, porque era de un carácter sensible y modesto, y porque prometía llegar á ser una belleza. Su hermano era conocido bajo el nombre de Oropéndola, á causa del color y la redondez de sus facciones. El padre de estos niños, el señor Lindsey era, en verdad, un hombre excelente, pero demasiado positivista, un quincallero, que tenía la costumbre de juzgar sumariamente las cosas, bajo el punto de vista de lo que se llama el sentido comun. Con un corazón tan tierno como el de los demás, tenía la cabeza tan dura, y quizá tan vacía, como una de las vasijas de hierro que había en su tienda. Por otra parte, la madre tenía algo de poético, cierta belleza inmaterial, como una flor delicada y cubierta de rocío. Esta flor poética había sobrevivido á sus primeros años, y había continuado floreciendo en medio de las prosaicas realidades del matrimonio y la maternidad.

Violeta, pues, y Oropéndola, suplicaron, como llevo dicho, á su madre, que les permitiera jugar en la nieve, porque, aunque pareciera triste al caer de un cielo pesado y oscuro, su aspecto era alegre y delicioso ahora que el sol la hacía brillar. Los niños vivían en una ciudad, y no tenían mas sitio de recreo que un jardincito delante de la casa, separado de la calle por un enverjado. Un peral y dos ó tres ciruelos le prestaban sombra, y algunos rosales crecían junto á las ventanas del comedor. Pero árboles y arbustos estaban sin hojas á la sazón; la nieve cubría sus ramas como con un follaje de invierno, y por algunas partes pendían pedazos de hielo á guisa de fruto.

— Sí, Violeta, sí, Oropéndola, dijo su buena madre, tenéis licencia para ir á jugar en la nieve.

Y la excelente señora envolvió á sus hijos en chalecos de lana y vestidos acolchados, les puso corbatines de abrigo, botines y mitones, y les dió á cada uno un beso, á manera de hechizo para conjurar al señor frío. Los niños comenzaron á saltar alegremente, y sus saltos los condujeron hasta el centro de un gran montón de nieve, del cual salió Violeta brincando como un verderon, mientras que Oropéndola rodaba sobre él con su cara colorada, ¡cómo se divierten! Al verlos tan juguetones en el jardín, se pudiera haber creído que Dios había enviado esta nevada solo para complacer á Violeta y Oropéndola; y que estos niños solo habían sido criados, como los verderones, para triscar y divertirse sobre la alfombra blanca con que la tempestad había cubierto la tierra.

En fin, cuando sus vestidos estuvieron helados, ocurrió á Violeta una idea nueva, después de haber reído cordialmente con la figura de Oropéndola.

— Te parecieras completamente á una estatua de nieve, Oropéndola, dijo ella, si tus mejillas no estuvieran tan encarnadas. ¡Y esto me da una idea! — Hagamos una estatua de nieve — una niña, — que será nuestra hermana, que correrá y jugará con nosotros todo el invierno, ¿no es verdad que será muy gracioso?

— ¡Oh! sí, respondió Oropéndola, balbuciendo, porque era aun muy pequeñito. ¡Sí, será muy gracioso! ¡Y mamá verá la niña!

— Sí, mamá verá la nueva niña. Pero será preciso que no la haga entrar en el cuarto caliente, porque, ya lo sabes, nuestra hermanita de nieve no ama el calor.

Y los niños comenzaron en seguida esta gran operación: una estatua de nieve que pudiese correr y jugar con ellos. Su madre, que estaba sentada junto á la ventana, y que oía de vez en cuando alguna palabra de su conversacion, no pudo prescindir de sonreirse viendo la gravedad con que pusieron manos á la obra. Creían realmente que era la cosa mas fácil del mundo el hacer con nieve una niña viva. Y en verdad, que si alguna vez llegamos á hacer milagros, será trabajando con esta sencillez de espíritu y esta confianza con que Violeta y Oropéndola emprendieron el hacer uno, aun sin saber lo que es un milagro.

Así pensaba la madre, y pensaba todavía que si la nieve que acababa de caer no fuera tan fría, sería excelente materia para la creación de nuevos seres. Fijó un momento sus miradas sobre los niños, complaciéndose en ver á su hija, alta para su edad, graciosa y ágil, con sus facciones tan delicadas, que mas parecía un pensamiento risueño que una realidad material, — mientras que Oropéndola, mas ancho que alto, trotaba con sus gruesas piernecitas, tan sustancioso sino tan gordo como un elefante. En seguida la madre volvió á continuar su labor. Qué labor era, lo he olvidado; pero seguramente ribeteaba un sombrero de seda para Violeta, ó zurcía unas medias del pequeño Oropéndola, sin embargo, no podía ménos de volver con frecuencia la cabeza del lado de la ventana, para ver si progresaba la estatua de nieve.

¡Espectáculo interesante era por cierto ver á estos niños en su faena! ¡Hasta maravillosa era la maña y la destreza que empleaban! Violeta dirigía los trabajos; ella decía á Oropéndola lo que era preciso hacer, al tiempo que ejecutaba con sus dedos delicados las mas difíciles partes de la estatua. Y mas que hecha por estos niños, parecía que la estatua crecía bajo sus manos, mientras que ellos jugaban y picoteaban á su alrededor. Su madre estaba sorprendida, y cuanto mas miraba, mas se aumentaba su sorpresa viendo crecer la estatua.

— ¡Qué niños tan admirables son los míos! Pensó sonriéndose con orgullo maternal primero, y sonriéndose después de su orgullo. ¿Habrían llegado otros niños á hacer del primer golpe con la nieve, algo que se pareciera á una niña? ¡Vaya! ahora se trata de concluir el vestido nuevo de Oropéndola; su abuelo llega mañana, y yo quiero que mi pequeñito esté muy elegante.

Tomó el vestido, y bien pronto estuvo tan ocupada con su aguja como los dos niños con su estatua. Pero mientras que la aguja pasaba á través de la tela, la madre amenizaba su trabajo aplicando el oído á las voces aéreas de Violeta y Oropéndola, que charlaban á un tiempo sin cesar: sus lenguas estaban tan activas como sus manos y sus piés. No entendía siempre lo que decían, pero adivinaba que estaban alegres y contentos, y que la estatua avanzaba considerablemente. Y cuando Violeta y Oropéndola levantaban á intervalos la voz, sus palabras llegaban á su oído tan distintas como si se hubieran pronunciado en la habitación donde se hallaba sentada. ¡Oh! ¡cuánta alegría derramaban en su corazón estas palabras, por mas que no expresasen nada maravilloso ni discreto!

Pero es preciso tener presente que una madre escucha mas con el corazón que con el oído, y que goza muchas veces de los acentos de una música celestial, cuando los demás no oyen mas que una insignificante palabrería. — ¡Oropéndola, Oropéndola! decía Violeta á su hermano, que estaba en la otra parte del jardín, tráeme un poco de esa nieve fresca; en ese rinconcito, que no hemos pisoteado todavía. ¡Me hace falta para formar el pecho de nuestra hermanita de nieve! ¡Y sabes que la nieve de ese rincón está tan pura como si cayera en este momento del cielo!

— ¡Aquí la tienes, Violeta! contestó Oropéndola, con su voz un poco gruesa, pero dulce al mismo tiempo, mientras que llegaba trotando por encima de los montecillos de nieve ya medio pisoteados. Aquí tienes la nieve para su pecho. ¡Oh! Violeta, ¡qué hermosa empieza á estar!

— Sí, dijo Violeta con aire tranquilo y pensativo; nuestra hermana de nieve es muy hermosa. No hubiera yo creído que hubiéramos podido hacer una niña tan hermosa como esta.

¡La madre, que los estaba oyendo, pensaba cuán encantador sería que hadas, y mejor aun, que ángeles del paraíso bajaran y se mezclaran invisibles en los juegos de los dos niños, ayudándoles á hacer la estatua, comunicándoles las facciones de un angelito del cielo! Violeta y Oropéndola no se apercebían de la presencia de sus inmortales camaradas, y viendo embellecerse la estatua bajo sus manos, creían haberla ejecutado por sí solos.

— ¡Mis hijos merecen tales compañeros, ó nunca criaturas mortales han sido dignos de ellos! dijo entre sí la madre, volviendo de nuevo á sonreirse de su orgullo maternal.

Esta idea, no obstante, se apoderó de su imaginación,

y de vez en cuando miraba por la ventana, casi esperando ver los blondos habitantes del paraíso jugando con su blonda Violeta y su chiquitín y regordete Oropéndola.

Durante algunos momentos se oyó un murmullo activo, aunque confuso de las voces de los dos niños, que trabajaban juntos con feliz concierto. Violeta era siempre el espíritu director, en tanto que Oropéndola era como el obrero, trayendo la nieve de cerca y de lejos, y sin embargo, el niño tenía evidentemente la inteligencia que requería su trabajo!

— ¡Oropéndola! ¡Oropéndola! exclamó Violeta, dirigiéndose á su hermano, que estaba á la sazón al extremo opuesto del jardín. Tráeme esas hermosas guirnaldas de nieve pendientes de las ramas mas bajas del peral. Subiendo encima del montón de nieve, las cogerás fácilmente. ¡Me hacen falta para hacer algunos rizos en la cabeza de nuestra hermana de nieve!

— Aquí las tienes, Violeta, ten cuidado de no desahacerlas. ¡Bien! ¡muy bien! ¡qué bonita está!

— ¿No es verdad que nuestra hermana parece dulce y buena? dijo Violeta con aire satisfecho. Ahora necesitamos un poco de nieve brillante para hacerla los ojos. Aun no está concluida. Mamá verá qué hermosa es; pero papá dirá; ¡Vaya! ¡qué tontería! ¡vamos á casa! ¡os vais á constipar!

— Llamemos á mamá para que la vea, dijo Oropéndola, poniéndose á gritar alegremente: ¡Mamá! ¡mamá! ¡mire Vd. qué niña tan hermosa estamos haciendo!

La madre dejó un instante la labor, y miró por la ventana. Pero aconteció que el sol, por ser uno de los días mas cortos del año, había bajado tan cerca del horizonte, que sus rayos herían directamente las pupilas de la dama; deslumbróse pues, y no pudo distinguir bien lo que había en el jardín. Sin embargo, apesar del brillo deslumbrador de la nieve nueva, percibió en el jardín una estatua blanca y pequeña que se parecía admirablemente á una niña. Vió además á Violeta y Oropéndola, — porque los miraba mas que á la estatua — vió á las dos criaturas muy afanosas; Oropéndola trayendo nieve, y Violeta aplicándola á la estatua con tanto acierto como aplica un escultor arcilla á su modelo. Y creía la madre que nunca se había hecho una estatua de nieve con tanto arte, ni la podrían hacer jamás niños tan buenos.

— Todo lo que hacen, lo hacen mejor que los otros niños, se dijo á sí misma con complacencia. ¡No es de extrañar, pues, que la estatua de nieve sea tan perfecta!

Volvióse á sentar, y emprendió con nuevo ardor su trabajo, porque el crepúsculo se acercaba, el vestido de Oropéndola no estaba concluido, y el abuelo debía llegar en la mañana siguiente por el camino de hierro. Así, sus dedos volaban con increíble rapidez. Los niños tambien estaban muy activos en el jardín, y la madre recogía todas las palabras que llegaban á su oído. Muy contenta la tenía el ver la imaginación que revelaba el trabajo de sus hijos. Violeta y Oropéndola creían realmente que la niña de nieve se pondría á correr y jugar con ellos.

— ¡Qué buena compañía nos hará todo el invierno! dijo Violeta. Confío en que papá no tendrá miedo de que nos enfrie. ¿No la querrás tú tiernamente, Oropéndola?

— Si tal, si tal; ¡y la abrazaré y la sentaré junto á mí, y le haré beber de mi leche caliente!

— ¡Oh! no, ¡Oropéndola! respondió Violeta con una gravedad llena de discreción. Eso no le convendrá. La leche caliente haría mal á nuestra hermanita de nieve. Los niños de nieve, como ella, no comen mas que témpanos de hielo. No, no, Oropéndola, es preciso no darla de beber cosas calientes.

Hubo unos minutos de silencio, porque Oropéndola, cuyas piernecitas jamás se fatigaban, acababa de hacer una nueva peregrinación al otro extremo del jardín. De repente, Violeta exclamó con alegría:

— ¡Mira, Oropéndola! esa nube sonrosada ha dejado un reflejo en su mejilla. ¡No es verdad que es hermoso!

— ¡Sí, hermoso! respondió Oropéndola, pronunciando estas cuatro sílabas con toda la atención que le era posible. ¡Ah! ¡Violeta, mira sus cabellos! son rubios como el oro!

— Cierto, respondió Violeta, como si fuera la cosa mas natural del mundo. Este color viene de esas nubes que están en el cielo encima de nosotros. Ahora, la niña está ya casi concluida. Pero es necesario que sus labios sean mas encarnados que sus mejillas. Oropéndola, si los besáramos, quizá se pondrían encarnados.

Y la madre oyó el ruido de dos besos fuertes que sus hijos daban en la boca helada de la estatua de nieve. Mas, como esto no había dado, sin duda, bastante color á los labios, Violeta propuso el invitar al niño de nieve á besar la mejilla encarnada de Oropéndola.

— ¡Vamos! ¡hermanita de nieve, ven á besarme! dijo Oropéndola.

— ¡Eso es! añadió Violeta, ya te ha besado, y sus labios están mas rojos. Toda ella se ha encendido un poco.

— ¡Oh! ¡qué beso tan frío! dijo Oropéndola.

En este momento comenzó á soplar una brisa del Oeste, que cruzó el jardín, y estremeció los vidrios del salón. Este viento parecía tan frío, que la madre estuvo á punto de pegar en la vidriera con el dedo cubierto con el dedal, para llamar á casa á los niños, cuando los dos juntos le gritaron para que saliera. Aunque sus voces eran animadas, no por eso tenían el acento de la sorpresa, mas bien parecían el eco de un acontecimiento feliz que acababa de cumplirse, pero cuya realización habían esperado con firme confianza.

— ¡Mamá! ¡mamá! ¡ya hemos concluido nuestra hermanita de nieve, y corre con nosotros por el jardín!

— ¡De qué viveza de imaginación están dotados estos niños! pensó la madre, dando las últimas puntadas al vestido de Oropéndola. Y lo más extraño de todo es que me vuelven á mí tan niña como son ellos mismos. Porque me cuesta trabajo el no creer que la estatua de nieve se haya realmente animado.

— ¡Querida mamá! gritó Violeta, ¡mire Vd. por Dios qué compañera tan hermosa tenemos!

La madre no pudo menos de asomarse á la ventana. El sol había desaparecido del horizonte, dejando aun una rica herencia á las nubes de oro y púrpura que hacen tan magnífico en invierno el ocaso del sol. Pero ya no había en los vidrios ni en la nieve ningun reflejo importuno, de modo que la buena madre pudo pasear sus miradas por todo el jardín, y ver cuanto en él había. ¿Y qué se creará que vió? indubitablemente á sus dos queridos hijos, Violeta y Oropéndola. Sí, ¿pero qué, ó á quién vió además junto á ellos? Pues bien, si se desea darme crédito, había una niña, enteramente vestida de blanco, con las mejillas sonrosadas, los cabellos de oro, y jugando en el jardín con sus dos hijos. Aunque extranjera, parecía que estaba familiarizada con Violeta y Oropéndola, y estos con ella, como si los tres hubieran sido compañeros de juegos durante el espacio de sus cortos años.

La madre juzgó que era la niña de algun vecino, que habiendo visto á Violeta y á Oropéndola en el jardín, había cruzado la calle para venir á jugar con ellos. Por eso, la buena señora abrió la puerta para convidar á la niña fugitiva á calentarse en la chimenea, porque despues de ponerse el sol, la atmósfera exterior estaba bastante fria.

Pero despues de haber abierto la puerta, se paró un instante en el umbral, no sabiendo si decir á la niña que entrara, y aun dudando en dirigirla la palabra. Lo cierto es que no sabia si veía una niña verdadera, ó un torbellino de nieve formado por el viento del Oeste. El aspecto de la extranjera era ciertamente singular. La señora no podia acordarse de haber visto entre los niños de la vecindad una jóven de tez tan blanca y pura, de un sonrosado tan fino, con cabellos y rizos tan dorados, flotando sobre su frente y sus mejillas. En cuanto á su traje blanco, era tal, que ninguna mujer discreta se lo hubiera puesto jamás á su hija para enviarla á jugar fuera de casa en el corazon del invierno. Esta excelente y cuidadosa madre tiritaba solo en contemplar aquellos piececitos únicamente cubiertos con unas ligeras chinelas. Pero por mas levemente que estuviera vestida la criatura, no parecía que tenia frío, y saltaba sobre la nieve con tanta presteza, que apenas dejaba impresas en ella las huellas de sus pasos. Violeta la seguía con dificultad, y las piernas cortas de Oropéndola lo obligaban á quedarse muy rezagado.

Una vez en medio de sus juegos, esta criatura singular se colocó en medio de Violeta y Oropéndola, y dando una mano á cada uno, se puso alegremente en movimiento con ellos. Pero casi repentinamente Oropéndola soltó su mano, y se la frotó como si los dedos le hormigearan de frío, en tanto que Violeta, soltándose tambien, aunque no tan bruscamente, pensaba juiciosamente que era mucho mejor no agarrarse por las manos. La señorita del vestido blanco no dijo una palabra, y continuó saltando y bailando tan alegremente como antes. Si Violeta y Oropéndola no quisieran jugar con ella, ella sabría divertirse con el viento punzante y glacial del Oeste, que la empujaba por todo el jardín, y que se tomaba con ella tantas libertades, como si fueran dos antiguos amigos. La madre, á todo esto, continuaba en el umbral, admirándose de que una niña pudiera parecerse tanto á un torbellino de nieve, ó que un torbellino de nieve pudiera parecerse tanto á una niña.

Llamó á Violeta, y le dijo al oído:

— Violeta, hija mia, ¿cómo se llama esa niña? ¿es alguna vecina?

— Mamá, respondió Violeta, riéndose al ver que su madre no comprendía una cosa tan sencilla, es nuestra hermanita de nieve; la que hemos hecho poco ha.

— Sí, querida mamá, dijo Oropéndola, corriendo hácia ella y mirándola inocentemente á la cara, ¡es nuestra estatua de nieve! ¿Es verdad que es muy bonita?

En este momento, una bandada de verderones vino á revolotear por allí. Naturalmente evitaron á Violeta y Oropéndola; pero, — cosa extraña — se dirigieron hácia la niña del vestido blanco, giraron al rededor de su cabeza, y se posaron en sus hombros, como quien encuentra un antiguo conocido. Ella por su parte, parecía muy contenta con la vista de estos pájaros, los hijos del viejo invierno, y extendió las manos como en ademán de cojerlos, á porfía quisieron entonces colocarse en sus manos y dedos, y se arrollaban los unos á los otros, agitando las alas. Uno de ellos se anidó en su seno, otro acercó el pico á sus labios, y todos alegres parecían hallarse en su elemento, como si jugaran en medio de un torbellino de nieve.

Violeta y Oropéndola se pusieron á reír á la vista de este espectáculo; gozaban con el contento que daba á su nueva amiga la visita de las aves, tan satisfechos casi como si tuvieran ellos mismos parte en este regocijo.

— Violeta, repuso la madre llena de duda, dime la verdad, sin chancearte. ¿Quién es esa niña?

— Querida mamá, respondió Violeta mirando seriamente á su madre, y sorprendida de ver que fueran necesarias mas explicaciones; le he dicho á Vd. la verdad. Es la estatua de nieve que hemos hecho Oropén-

dola y yo. Oropéndola puede decírselo á Vd. igualmente.

— Sí, mamá, repitió Oropéndola con toda la gravedad que permitía su fisonomía carmesí. Es la estatua de nieve, la niña de nieve. ¿No es verdad que es bonita? ¡Pero su mano es tan fria, tan fria, mamá!

(Se continuará.)

El aniversario.

No hay en la vida mas que algunos dias de vivo interés, como estrellas brillantes sobre un fondo de dias indiferentes, ni tristes ni alegres, faltos de color. Estos dias numerosos, que no tienen color por sí mismos, le toman con el reflejo de otros de felicidad ó de tristeza. Una gota de añil en un vaso de agua la pone azulada; una gota de tinta la vuelve gris; una gota de almíbar la hace dulce; una gota de vinagre la da sabor agrio: del mismo modo, un dia de felicidad esparce sus rayos luminosos sobre cien dias insignificantes que le siguen, y sobre otros ciento que le han precedido, y un dia de tristeza extiende su fúnebre sombra en igual proporcion. Estos dias insignificantes son como los ceros, que no tienen valor por sí mismos, pero que la toman de la cifra que les precede: la felicidad esparce un suave aroma sobre nuestra vida, como la madre selva embalsama la atmósfera que la rodea y el viento que la columpia al pasar.

La vida está dividida en tres zonas: esperanzas, goces y pesares: la corriente nos arrastra irresistiblemente á través de ellas; por muy vigoroso que uno sea, es preciso pasar por todas sin detenerse. Se quiere fijar la vista sobre una planta, aspirar el perfume de una flor, la corriente os arrastra; ¡seguid, seguid! Se desea oír hasta el fin los trinos de un ave, no, que el barco no para jamás: ¡bogad, bogad sin descanso! El placer queda fijo en su zona; vos sois quien huye; la hermosura de la planta, el aroma de la flor, el canto del pájaro quedan detrás para otro que los disfrutará un momento, y que pasará á su vez dejándolo todo con pesar.

Las imaginaciones exaltadas y poéticas tienen sin embargo un consuelo, pueden á su voluntad volver atrás, recorrer de nuevo la parte de la ribera donde han encontrado las mejores flores y los mas dulces perfumes: este mágico poder es lo que se llama recuerdo.

¿Habeis sentido una de esas pasiones que vienen á ser el acontecimiento de la vida, porque absorben en sí todo el interés de ella? Si la habeis sentido, comprenderéis el poder del recuerdo, que consuela, que sostiene, que alienta, cuando se está condenado á contar cierta serie de dias, tristes é insignificantes, como una carga pesada que el deber obliga á soportar.

Es verdaderamente admirable como la memoria reproduce la historia completa de un amor ardiente, sin omitir ni aun detalles que no tienen otro interés que el de referirse á escenas que han encantado nuestros ojos.

Las que forman el rico tesoro de mis recuerdos son tales, que recorriendo el cuadro entero de las alegrías y los dolores que á ellas van unidos, apenas existe una sensación que yo pueda separar de la mujer á quien amo, que no hayamos experimentado juntos. Cada sitio de las ciudades en que la he visto, representa una página grata ó penosa de las memorias de nuestro amor; las casas en que ha vivido, las calles que hemos atravesado juntos, los paseos que hemos frecuentado, los espectáculos, las fiestas á que hemos concurrido, la música que hemos escuchado, llevan unida á sí un testimonio indeleble de nuestra santa alianza, reproducida con sus mas nimios detalles. Juntos hemos visto aparecer la aurora y ponerse el sol; desde que recibí su primera carta no recuerdo haber contemplado una sola vez el crepúsculo de la tarde sin acordarme de ella, sin enviarla un suspiro de lo mas íntimo de mi alma; reunidos hemos pisado la yerba de las praderas; enlazados nuestros brazos nos hemos perdido bajo la bóveda de los bosques y subido á las alturas mas escabrosas, en cuya cima hemos respirado la brisa de la mañana; reposando sobre las peñas cubiertas de césped, hemos gozado del perfume de las flores y cambiado la zarzaviva y la siempreviva, que ella me ofrecía como emblema de nuestro amor: un mismo fuego nos ha dado calor; un mismo manantial ha surtido nuestro baño; hemos gustado el propio manjar partido con su boca para darme la mitad; mil veces hemos tenido el mismo pensamiento y le hemos expresado á la vez con la propia frase; yo he visto al viento de la tarde jugar con sus cabellos, mientras contemplábamos el curso del agua en una tarde de primavera; á un tiempo mismo hemos fijado nuestras miradas en la luna, atravesando el campo el uno junto al otro ó apoyados en cierto balcon y en cierta ventana desde la cual se descubria el azul del cielo; cobijados en un mismo punto hemos visto formarse y descargar las tormentas; el rio ha arrastrado en su corriente nuestros cabellos enlazados y confundidos; situados el uno al lado del otro hemos recibido en el templo la bendición del sacerdote; los dos hemos trazado nuestros nombres en las ruinas de los monumentos, en los troncos de los árboles y en las arenas del mar; mas de una noche he pasado en la cacería de su cama, velando su sueño en medio del silencio, su mano entre las mias, recostada mi cabeza sobre su almohada, confundido nuestro aliento, solos

en el mundo sin mas claridad que los débiles reflejos de una luz tibia colocada á larga distancia, sin mas rumor que el de su respiración agitada por la fiebre y e de nuestros nombres pronunciados en voz baja, sin mas testigos que Dios, sin mas garantía que la de nuestro mismo amor, tan puro, tan espiritual, tan verdadero.

Nada hay, pues, en mi existencia que no la pertenezca, que yo pueda separar de ella.

¿Qué ha sido, preguntaría, de esa mujer á quien habeis hecho dueña de vuestro destino?

La mujer que yo amaba no existe.

Luego que desapareció, luego que huieron las mas bellas creencias de mi corazon, encerré en él lo pasado, convencido de que no puede dar cabida á la realidad sin rebajarse; me formé una existencia ficticia y asisto á la vida como un espectador cómodamente colocado; á la sociedad le basta con esto; á mí me queda algo mas, que para ella seria ridículo, que para mí es un tesoro sagrado; yo busco frecuentemente la soledad para reparar á mi placer los objetos que guardo como un avaro, leo mil veces sus cartas, me trasporto á los dias en que se trazaron, y al contemplar los dobles de unas y los rasgos al lápiz de otras, recuerdo las circunstancias en que se escribían, y creo sentir en mi mano el contacto de la suya al deslizar el papel; una colección de flores marchitas, de varias clases y de distintos climas, forman casi la historia de mi amor: esta la cogió de su pecho para colocarla en el mio, esta otra estaba en sus labios cuando me la dió; la zarzaviva es de un paseo solitario y frondoso, el lirio le cortó en la cima de una montaña, esta hoja extraña la tomó una mañana de un delicioso jardín á hurtadillas del guarda que le celaba, este trozo de musgo le arrancó de una peña para que no me olvidase jamás de ella, este velo cubria su rostro la primera vez que estuvimos solos en una altura, este pañuelo fué un robo que yo la hice cuando necesitaba una prenda suya y no osaba pedirselo, este otro está empapado en las lágrimas que por mí vertió un dia, este rizo le cortó para mí de sus cabellos, esta mariposa la cogimos juntos en un dia solemne.

Tal colección de objetos, indiferentes para el mundo, preciosos para mí, son testimonios de combates increíbles, de dulces sacrificios; despiertan en mí multitud de pensamientos y presentan á mi memoria el vasto panorama de los sitios que hemos visto, de todos esos nidios en que hemos proyectado tantas veces ocultar nuestra existencia.

Sucedió que un dia, mucho tiempo despues de haber perdido á la mujer á quien amaba, creí por un momento hallarme en presencia de ella; pero pronto conocí mi error; no era, no, la que habia amado, porque en aquel instante no sentía amor hácia ella, y yo sin embargo amaba con todas las fuerzas de mi alma; no tenia el mismo nombre, no tenia la misma fisonomía, ni la misma expresion en su semblante; aquella mirada tan dulce que penetraba el corazon se habia perdido; su voz ántes tan suave, era mas sonora, mas serena y reposada; aquella sonrisa que me indemnizaba de mis padecimientos no existía ya; la mujer que yo amaba perfumaba sus cabellos con un aroma de heliotropo, que parecia identificado con su aliento, los de esta esparcían el perfume de que usan otras cien mujeres. En vez de amor sentía odio hácia la que podia ser su misma imagen, pero para mí era una profanación de la otra; cuanto mas la contemplaba, ménos podia amarla; cuanto mas amor guardaba mi corazon para la que no existía, ménos podia sentir para la que parecia reemplazarla. Y es que todo lo que tiene en mí facultad de amar está reconcentrado en mi alma para consagrarlo á la mujer cuyo recuerdo me sostiene. Mi amor es como el sol, que aspira hasta en el cáliz de las flores las mas pequeñas gotas de rocío, para reunir las en una nube que trae la tempestad.

La que yo habia amado era la hija hermosa y poética de mi imaginación, la creación de mis ensueños de niño que yo creía ver realizada; la que yo encontraba despues de un cruel engaño, era una mujer vulgar como todas las mujeres, ménos aun, porque alucinándome primero en los momentos en que me haria traición, calumniándome despues, insultándome mas tarde, habia probado que no tenia corazon.

Pasado, sin embargo, aquel momento en que sucesivamente sentí despertarse en mí menosprecio y odio, entregado á solas á mis pensamientos, fueron gradualmente desapareciendo aquellas impresiones, y tomando la mujer de ahora las formas de la de ayer ó tal como esta aparecía, me formé involuntariamente la ilusión de que era la misma la que yo habia amado, la que amo aun: fuera ó no igual á lo que era ántes, el amor que hace tiempo ha reemplazado á la sangre de mis venas se reveló en mí y la amé casi con el mismo delirio que á la mujer perdida. Recordé que nuestras almas estaban unidas para siempre de una manera indisoluble, y olvidé la diferencia que hubiese entre lo que habia sido y lo que es la mujer amada. No ví en ella mas que una, y yo acepto hasta la vergüenza, el oprobio y el fango, si ella se encontrase en el fango, en el oprobio y la vergüenza.

Siga en el estado de tranquilidad en que pasa dulcemente la vida, sin un pensar, sin un recuerdo, pronta á ofender, á herir, si así lo exige el capricho del momento; mi corazon todavia rebosa en amor, no hay forma de extinguir en él esta pasión que es á un tiempo su alimento y su torcedor.

Ella me pertenece como yo la pertenezco por toda la vida; hay un sitio á la orilla del mar, hay un rio cau-

daloso, hay una montaña elevada que atestiguan tres juramentos solemnes. Triste ó alegre, dichosa ó desgraciada, pensando en mí ú olvidándome, es mia, porque la he comprado á costa de la tranquilidad de toda mi vida, porque la suerte ha formado el lazo que nos

une; sus lágrimas, sus sonrisas, sus caricias, todo es mio; mis labios frios irán á recoger en los de su hijo los besos que le dé y que me pertenecen.

Me basta con saber donde está; me basta con ir á ver de léjos el tenue resplandor de la luz que arde en la

habitacion donde ella reposa serena y tranquila.

Viviré de mis recuerdos y hasta seré feliz; tengo muchos aniversarios que celebrar, muchos dias que reparar en la imaginacion.

¡ Memoria, bendita seas!

Inauguracion en Marsella de la estatua del obispo Belzunce.



Esta pomposa ceremonia se verificó el 28 de marzo; he aquí algunos pormenores sobre ella, que tomamos de la *Gaceta del Mediodia*:

« A pesar del viento Noroeste que soplabá ayer con mucha violencia, una crecida muchedumbre de gente asistió á la inauguracion de la estatua de Belzunce.

» Desde por la mañana estaba descubierta la estatua, y ya llevaba al cuello el cordon de hilo de oro del que debia colgar la cruz del ilustre obispo, dada por su familia.

» A las doce fueron llegando las autoridades y las personas convidadas; solo el señor obispo y los sacerdotes que debian ayudarle iban en traje de coro; lo demás del clero llevaba sotana y capa. El señor secretario general, prefecto interino, el cuerpo y el consejo municipal, el señor general Levailant con su estado mayor, y los miembros de diferentes oficinas, tomaron asiento en los tablados dispuestos en frente y á los lados del monumento. Tambien entraron allí muchas señoras; pero lo que se notó fué que ni aun en comision se presentaron los cuerpos religiosos, cuyo nombre va unido en la historia local al afecto de su jefe.

» El señor vizconde de Belzunce, sobrino segundo del santo obispo, se hallaba al lado del primer

adjunto, cuando este señor, en un discurso que fué muy aplaudido, rindió el debido homenaje, en nombre de la ciudad, al prelado de tan venerable memoria. El pueblo contemplaba con avidez á su descendiente, creyendo ver algunos puntos de semejanza entre este, y el héroe de la caridad cristiana.

» El señor obispo poniéndose en frente de la estatua y rodeado de su clero, pronunció un discurso análogo á la ceremonia, despues de lo cual procedió á la bendicion del monumento, y entonó despues 'el *Laudate Dominum*.

Ahora debemos añadir aquí, que esta ceremonia tuvo lugar en el mismo sitio en que segun la tradicion se alzaba el altar desde donde el señor obispo de Belzunce, con la cuerda al cuello como un pecador, daba su bendicion pastoral á toda una poblacion arrodillada en medio de los cadáveres, pues esto sucedia por los terribles años de 1720 y 1721.

El momento elegido es aquel en que el señor obispo bendice el monumento. Delante de la verja hay un almohadon de terciopelo azul con la cruz pastoral que recibió el obispo de Belzunce del papa Clemente XI, y que la ciudad de Marsella debe á la generosidad de un descendiente de la familia.

EDITOR RESPONSABLE, CH. D'AMYOT.

PARIS. — TYP. GIRDÈS, CALLE BONAPARTE, 42.

CONDICIONES DE LA SUSCRIPCION :

Este periódico sale á luz CINCUENTA Y DOS VECES AL AÑO, con mas de 800 dibujos ó grabados sobre madera de los mejores artistas de Paris, Madrid y Lóndres.

Cada número se compone de 16 páginas de impresion sobre papel de lujo con magnificas láminas, retratos y trozos de música intercalados en el texto.

Cada mes los suscriptores recibirán dos figurines de última moda uno de mujer, y otro de hombre, y varios patrones de bordados de todo género.

SERVICIO POR LOS VAPORES INGLESES DOS VECES AL MES. — PRECIO DE SUSCRIPCION AL AÑO.

Para la Habana.	12	pesos fuertes
Para el interior de la Isla de Cuba.	13	» »
Para Puerto Rico.	13	50 macuquinas
Para el interior de la Isla de Puerto Rico.	18	
Para las Antillas francesas, inglesas y Costa Firme.	12	pesos fuertes
Para la Plata, República Argentina y el Brasil (por los vapores del 9 de cada mes).	14	» »
Para la provincia de Cúmana.	12	75 » »

Para Centro América, Panamá y todas las agencias de la costa del Pacifico.	15	pesos fuertes
Para Valparaiso, Santiago de Chile, San Fco de California y el Paraguay.	16	» »

PRECIO DE SUSCRIPCION PARA LA REPUBLICA MEJICANA PARTE POLITICA, LITERARIA E ILUSTRADA REUNIDAS.

Para Veracruz y Tampico.	20
Para Méjico, Puebla, Jalapa, Córdova, Orizaba.	22
Para el interior de la República Mejicana.	29

NOTA. — No se admiten suscripciones á este periódico sino por semestres, principiando en Enero y Julio de cada año. La suscripcion se paga por semestres, y siempre adelantados, sin excepcion alguna.

Los suscriptores en cuyos puntos no residan agentes ni estacionen los vapores, pagarán además los gastos de transporte y de correo á los referidos agentes en su domicilio.

SE RECIBEN LAS SUSCRIPCIONES EN LAS AGENCIAS SIGUIENTES:

Lóndres.	MM. SIMMONDS.	Demerara.	MM. Richard HAYNES.	Quito.	MM. Alfonso PRIEUR.
Nueva York.	— Eug. DIDIER.	Guatemala.	— P. J. LOSS.	Rio Hacha.	— J. Manuel GOENAGA.
La Habana.	— ROUSSEAU LANGWELT.	Guayaquil.	— Alfonso PRIEUR.	San Francisco (California).	— MASSEY, FINANCE Y C ^a .
Arica.	— BILLINGURST Y TAYLOR.	Laguayra.	— A. M. MOLLEJAS, casa de los	Santo Domingo.	— D ^c MORINGLANE.
Arequipa.	— J. Maria REY DE CASTRO.		Sres. LAGRANGE Y ENGELKE.	Santa Marta.	— A. MIRAMON.
Asuncion (Paraguay).		Lima.	— José MACIAS.	San Juan de Nicaragua.	— Juan MESNIER.
Buenaventura.	— VASQUEZ CORDOVA.	Maracaibo.	— P. CASAux.	Santiago de Cuba.	— Felipe LAY.
Bogota.	— SIMONNOT.	Matanzas.	— F. DEVILLE.	Trujillo del Perú.	— Andres ARCHIMBAUD.
Buenos Ayres.	— CLARMONT.	Maturin (Cumana).	— P. BAUPERTHUY.	Santiago de Chile.	— Pascual EZQUERRA Y GIL.
Id.	— LUCIEN É HIJO.	Monpoa.	— J. M. PEREIRA.	San Tomas.	— BENEDETTI.
Caracas.	— J. C. CORBIN.	Méjico.	— BOIX, BESSERER Y C ^a .	Tacna.	— Carlos BASADRE.
Id.	— Emilio PHILIP.	Montevideo.	— A. LAS CAZES.	Tampico.	— A. DELILLE.
Cartajena.	— H. P. DE LA VEGA.	Panama.	— SMITH Y C.	Valencia.	— Achille LETTERON.
Cali.	— J. Maria CANADAS.	Popayan.	— Rafael IRURITA.	Valparaiso.	— Pascual EZQUERRA Y GIL.
Ciudad Bolivar.	— THIRION.	Porto Cabello.	— Rafael ROJAS.	Vera Cruz.	— Juan CARREDANO.
Cobija.	— ARTOLA Y C ^a .	Puerto Rico.	— J. M. SANCHEZ ENRIQUEZ.		